

*“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”¹:
La emperatriz Margarita en la corte de Viena*

Laura Oliván Santaliestra

Al profesor Robert Oresko, *in memoriam*

MARGARITA ¿INFANTA, INFANTE O EMPERATRIZ?

Hacia 1680, la reina Mariana de Austria, madre de Carlos II y antigua regente de la Monarquía, en un intento de retirarse de la escena pública, eligió como residencia el palacio de los duques de Uceda en Madrid. Allí, de la sala en la que usualmente comía, pendía uno de los más bellos y significativos retratos de su hija, la entonces fallecida emperatriz Margarita María². La ubicación de esta obra de Martínez del Mazo³ en la “pieza donde comía su Majestad doña Mariana”⁴, un espacio semipúblico –tal y como ha estudiado Mercedes Llorente–,

¹ Juicio de un plenipotenciario de Moscovia (HHStA, Ält Zerem, A. Kt. 8/132, 17 de noviembre de 1667).

² Nació el 12 de julio de 1651 y fue bautizada con el nombre de Margarita María (Felipe IV a la condesa de Paredes de Nava, carta XXIX, Madrid, 25 de julio de 1651. J. PÉREZ VILLANUEVA: *Felipe IV escritor de cartas*, Madrid 1986, p. 155). Véase también Archivo General de Andalucía (Sevilla), leg. 4834, n° 11-29, 25 de julio de 1651, p. 129; y P. VILELA GALLEGU: *Felipe IV y la Condesa de Paredes. Una colección epistolar del Rey en el Archivo General de Andalucía*, Sevilla 2005.

³ Recientemente, María del Mar Doval Trueba ha sugerido que el retrato de la infanta Margarita de luto podría ser de la mano de Herrera Barnuevo (M^a del M. DOVAL TRUEBA: “Sobre algunos retratos velazqueños de la infanta Margarita”, *Goya. Revista de Arte* 313-314 [julio-oct., 2006], p. 249).

⁴ M. LLORENTE: “Imagen y autoridad en una regencia: los retratos de Mariana de Austria y los límites del poder”, *Studia Historica. Historia Moderna* 28 (2006), p. 216. Este retrato de Margarita también se cita en la tesis sobre la imagen de Carlos II (Á. PASCUAL



Martínez del Mazo: *La emperatriz Margarita María*, 1666
(Museo del Prado. Número catálogo P00888)

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

refleja el amor de una madre que deseaba tener presente la imagen de su imperial primogénita, cuyo testamento y derechos seguían vivos en la partida por la sucesión dirimida en esos tiempos.

En aquel retrato, pintado a finales de 1665 o principios de 1666⁵, Margarita aparece vestida con los trajes de luto por la muerte de Felipe IV, apoya la mano derecha en una silla y sostiene con la izquierda unos guantes de cuero, posiblemente perfumados⁶. Dos largas trenzas engarzadas recogen su cabello como símbolo de la austeridad guardada a la memoria de su padre. El rostro pálido, expresivo, imprime personalidad al pesado cortinaje barroco. Doña Margarita permanece de pie sobre una alfombra profusamente decorada en tonos rojos y negros; este elemento iconográfico destinado únicamente a las personas reales y que está presente en otros retratos de Margarita⁷, podría relacionarse con el retrato de Isabel Clara Eugenia y la enana Magdalena Ruiz pintado en 1587 por Sánchez Coello en el que este recurso, la alfombra, fue utilizado por primera vez⁸. La alfombra y la postura de Margarita podrían revelar los misterios de esta obra, aumentados por las imágenes que decoran el último plano porque, al fondo, se representan tres figuras que otorgan sentido a la melancólica expresión

CHENEL: *El Retrato de Estado durante el reinado de Carlos II*, Universidad de Alcalá de Henares, Tesis doctoral, 2009). Véase también J. L. SANCHO & J. L. SOUTO: “El arte regio y la imagen del soberano”, en L. RIBOT (dir.): *Carlos II. El rey y su entorno cortesano*, Madrid 2009, p. 196.

⁵ Existe otro retrato de la infanta de luto, del mismo autor, en el que la retratada parece tener menor edad, aparece menos crecida; es un retrato que perteneció a la colección Moret hasta el año 2009. Salió a subasta a principios de diciembre de 2009 en la casa de subastas Alcalá. Se desconoce el comprador.

⁶ El perfume era símbolo de rango y privilegio. En la corte, los guantes de olor eran muy preciados. Recetas para hacer guantes perfumados, véase AHN, Diversos, leg. 336 (Agradezco al profesor Fernando Bouza el haberme dado esta referencia). Guantes perfumados como regalo cortesano, véase C. DEL POZO: *Diario del viaje a España del cardenal Francesco Barberini*, ed. de A. Anselmo, Aranjuez 2004, p. 294: “algunas cajas llenas de cosas de olor, pieles, guantes, pebetes y pastillas”.

⁷ Véanse: *La infanta Margarita vestida de rosa y plata*, Velázquez, Kunsthistorisches Museum, Wien; *La infanta Margarita*, Juan Bautista Martínez del Mazo, Museo del Prado.

⁸ La alfombra utilizada por primera vez en la pintura española (M. KUSCHE: *Retratos y retratadores: Alonso Sánchez Coello y sus competidores Sofonisba Anguissola, Jorge de la Rúa y Rolán Moys*, Madrid 2003, p. 440).

de la infanta a la vez que aportan las claves interpretativas del majestuoso retrato: Mariana de Austria, regente, vestida con sus tocas de viuda se asoma detrás de una puerta; delante de ella se presenta una dama que por los rasgos podría identificarse con María Teresa Fajardo⁹, menina e hija del aya del rey. En el instante captado por los pinceles de Mazo, esta dama que aún “no se habría puesto los chapines”¹⁰, podría estar sustituyendo a su madre, al vigilar y sostener al recién proclamado niño-rey, Carlos II, enlutado con faldas y reconocido por presentar su cuello sellado por el Toisón¹¹. El pequeño monarca está secundado por una enana que bien podría ser Mari Bárbola¹². Con una elocuencia inusitada, Carlos II guarda la misma pose que su hermana¹³, como si de una reproducción en miniatura de ella se tratara. Entre ambas figuras, la hermana que preside el primer plano y el rey situado al fondo, se crea un mimetismo que no pasaría desapercibido al espectador barroco ¿Sería posible que esta semejanza de posiciones aludiera a los derechos sucesorios que Margarita poseía como “infante” de la monarquía? ¿La alfombra que pisa Margarita podría responder a la misma idea? Es posible que Martínez del Mazo se hubiera inspirado en el retrato de Isabel Clara Eugenia de Sánchez Coello al retratar a la infanta Margarita sobre la alfombra; al fin y al cabo, ambas princesas, en el momento en el que fueron immortalizadas por los dos pintores de corte, se encontraban en una

⁹ Por los rasgos parece ser la misma dama que aparece en el retrato que Martínez del Mazo hizo de Mariana de Austria en esas mismas fechas: Título: *Queen Mariana of Austria in Mourning*, 1666, Martínez del Mazo, National Gallery, London. Mercedes Llorente sostiene que en el retrato de la regente, la dama que ofrece el búcaro a Carlos II es la hija del aya (M. LLORENTE: “Imagen y autoridad en una regencia...”, *op. cit.*, pp. 214-216). En mi opinión, esta dama podría ser la misma que aparece en el retrato de Margarita de luto. María Teresa Fajardo, hija de la marquesa de los Vélez, se casó con el VIII duque de Montalto, hijo del VII duque de Montalto, mayordomo mayor de doña Mariana. Sobre la marquesa de los Vélez véase V. SÁNCHEZ RAMOS: “El poder de una mujer en la corte: La V marquesa de los Vélez y el poder de los Fajardo”, *Revista velezana* 25 (2006), pp. 19-65.

¹⁰ La expresión “ponerse los chapines” significaba casarse. María Teresa Fajardo se casó en esas fechas por el hijo del VII duque de Montalto.

¹¹ Recibió del Toisón de manos del duque de Cardona el 8 noviembre de 1665. Véase E. PÖTTING: *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid (1664-1674)*, ed. de M. Nieto Nuño, Madrid 1993, I, p. 149.

¹² M. LLORENTE: “Imagen y autoridad en una regencia...”, *op. cit.*, p. 216.

¹³ En la mano derecha parece llevar un cetro.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

Martínez del Mazo:

La infanta Margarita de luto

(Procedente de la colección Moret.

Obra subastada a principios de 2009)



situación similar: la infanta Isabel, con veintiún años, en 1587, era la mujer más importante de la corte, inteligente, versada en el grisáceo ceremonial, hacía sombra a su hermano don Diego, el frágil heredero por el que nadie apostaba; su hermana Catalina Micaela había partido a Italia para casarse, su madre la reina Isabel de Valois había muerto, por lo que Isabel figuraba la digna heredera de un padre ausente, lejano por ocupaciones diversas en tierras portuguesas; Sánchez Coello la representó en el retrato con Magdalena Ruiz como una “verdadera reina”¹⁴. Salvando las distancias, la infanta Margarita de catorce años, tendría en 1666 un papel parecido al de su antepasada, ya que en aquellos momentos vivía la ausencia de un padre que jamás regresaría, al estar fuera del mundo terrenal; su hermano, a pesar de ser rey, parecía tan débil como lo había sido en su época el infante don Diego; su hermana María Teresa se había casado con Luis XIV renunciando a sus derechos sucesorios; su madre, que no había fallecido, era viuda y regente; y ella, Margarita, aunque prometida al emperador por las capitulaciones, podía mostrar orgullosa su semblante de hija heredera de Felipe IV, como lo había hecho décadas atrás Isabel Clara Eugenia en

¹⁴ M. KUSCHE: *Retratos y retratadores...*, *op. cit.*, p. 441.

aquel retrato de Sánchez Coello en el que brinda al espectador sus potenciales de reina. Sobre la alfombra quizás identificada con las “infantes” de la Monarquía, Margarita guarda los mismos gestos, compostura y posición corporal que su hermano Carlos, al que quizás tendría que suceder... como podría haber sucedido Isabel Clara Eugenia al infante don Diego. Quizás no sería descabellado relacionar los dos retratos, pues sabemos que Felipe IV tuvo en mente el ejemplo de la infanta doña Isabel poco antes de morir ¹⁵.

Tras la muerte de Felipe IV el 17 de septiembre de 1665 y la proclamación del infante Carlos en octubre de ese mismo año, Margarita dejó de portar el título de infanta para tomar el de infante, el que correspondía a las princesas primogénitas en ausencia de heredero varón. La circunstancia de que en aquellos meses estuviera casada con el emperador —hecho que la convertía en emperatriz— no habría entorpecido la utilización del título de “infante”, debido a que en las capitulaciones no había renunciado a la herencia de la Monarquía ¹⁶ (como sí lo había hecho la primogénita María Teresa al casarse con Luis XIV en 1660). Las capitulaciones se habían suscrito el 18 de diciembre de 1663 ¹⁷ a las tres de la tarde, en la pieza del Rubí y en presencia del embajador imperial y los consejeros de Estado. Tiempo, espacio y forma constituían tres parámetros de indispensable significación para celebrar los actos cortesanos y, en aquella ocasión, nada se dejó al azar. La tríada estuvo impregnada de *Pietas* dinástica y poder regio. El tiempo: el día 18 de diciembre se celebraba la Virgen de la Expectación en el oratorio de Palacio ¹⁸; y la hora, las tres de la tarde, significativo instante que se encuentra en otras ceremonias reales ¹⁹; el espacio: la pieza

¹⁵ Lisola informó al emperador en el verano de 1665 que Felipe IV iba a seguir el ejemplo de Felipe II con la infanta Isabel Clara Eugenia (Carta de Lisola al emperador Leopoldo I. HHStA, Spanien Diplomatische Korrespondenz, Kt 49/170).

¹⁶ F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria para su jornada al Imperio (1666)”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENÇO (coords.): *Las Relaciones Discretas entre las Monarquías Hispana y Portuguesa: Las Casas de las Reinas (siglos XV-XIX)*, Madrid 2008, II, pp. 1222-1223.

¹⁷ AHN, Estado, leg. 2799.

¹⁸ M^a C. DE CARLOS VARONA: “Entre el riesgo y la necesidad: embarazo, alumbramiento y culto a la Virgen en los espacios femeninos del Alcázar de Madrid (siglo XVII)”, *Arenal* (julio-diciembre, 2006), pp. 263-290, p. 281.

¹⁹ Sería la hora elegida tres años después para proclamar al infante Carlos rey de España (AGP, Reinados, Carlos II, Caja 148, Exp. 4).

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...



Ignacio Ruiz de la Iglesia: *La infanta Margarita*, 1664-1665
(Colección particular)

del Rubí, habitación cercana a los aposentos de doña Mariana²⁰ que dos años más tarde acogería las reuniones de la Junta de Regencia; y la forma no podía ser otra que el obligado ceremonial, sencillo pero necesario, como ordenó Felipe IV: “sin que haya mas demostración de gala que la que se acostumbra”²¹.

No disponemos de imágenes de aquel evento, aunque sí podemos relacionarlo con un retrato de la infanta cuya iconografía parece rememorarlo. La obra ha sido atribuida a Francisco Ignacio Ruiz de la Iglesia, retratista del taller de Mazo. Fechada por aproximación en 1665²², su ejecución podría remontarse a finales de 1663 o principios de 1664 dadas las sugerentes alusiones al compromiso matrimonial que presenta: Margarita aparece vestida con un guardainfante anaranjado y un jubón adornado con lazos del mismo color –atuendo idéntico al que portaría en retratos posteriores enviados al emperador²³–. Su mano derecha se posa bajo el jubón, haciendo sombra al vientre en un gesto de protección de aquella valorada parte del cuerpo femenino; la mano izquierda, alzada, sostiene y presenta al espectador un reloj de bolsillo que marca las tres menos cuarto, hora con una fuerte carga simbólica que podría dar sentido a todo el conjunto, al representar a la infanta instantes antes de la firma de las capitulaciones. Los restantes elementos iconográficos girarían alrededor de esta interpretación. Un cortinaje oscuro, semejante a un baldaquino, enmarca el rostro de la infanta que mira al espectador luciendo sus cabellos sueltos como muestra de un estado de soltería susceptible de cambiar en apenas un cuarto de hora.

²⁰ M. LLORENTE: “Imagen y autoridad en una regencia...”, *op. cit.*, p. 216.

²¹ AHN, Estado, leg. 2799. 16 de diciembre de 1663.

²² La reproducción de este retrato puede contemplarse en *Principiños. Retratos de niños dos siglos XVI al XIX*, Coruña 2004, pp. 126-127. Retrato de la infanta María Teresa de España, hacia 1665, atribuido a Francisco Ignacio Ruiz de la Iglesia. Obra procedente de la colección de la archiduquesa María Ana Josefa de Austria, hija de José II (1678-1711). Existen otras versiones en el Kunsthistorisches Museum de Viena.

²³ En los siguientes retratos que representan a la infanta con el mismo traje anaranjado, el cabello está recogido en dos largas trenzas, lo que significaría que doña Margarita estaba ya casada. Las trenzas aparecen adornadas con los mismos lazos del jubón. Estos retratos fueron comisionados por Felipe IV y enviados al emperador –presumiblemente– tras la firma de las capitulaciones. Ver retrato del Kunsthistorisches Museum. Otro retrato de Martínez del Mazo, perteneciente a un particular, representa a la infanta con el mismo peinado, delante de una columna, bajo baldaquino y llevando en la mano izquierda un abanico cerrado, símbolo de autoridad.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

Anónimo:
La emperatriz
Margarita María,
1665
(Kunsthistorisches Museum)



Las alusiones a una futura maternidad se aprecian en los gestos: la mano derecha sujeta la cadena del reloj justo en la parte central del guardainfante, vestimenta íntimamente relacionada con la procreación, ya que había sido creada para disimular los embarazos que, precisamente, la infanta debería experimentar si quería complacer a su futuro esposo. El círculo interpretativo iniciado con la hora marcada en el reloj se cierra con la fiesta de Nuestra Señora de la Expectación, virgen bajo cuya protección se ponían las reinas Habsburgo en el Alcázar de Madrid y que —en aquel caso— velaría por las futuras maternidades auguradas por el connubio que estaba a punto de ser firmado. El guardainfante anaranjado identificaría a Margarita no sólo como princesa de la corte de Madrid sino también como prometida oficial del emperador al ser, quizás, el atuendo portado por la infanta aquel día.

Dote y herencia quedarían reflejadas en los capítulos secretos de las capitulaciones²⁴. Los derechos de la infanta quedaron intactos. Aquel resorte beneficiaba claramente a Leopoldo en la carrera por la sucesión frente al monarca francés, que se aferraba al impago de la dote para reclamar los derechos de su esposa en caso de ausencia de varón en la línea de los Habsburgo hispanos. Luis XIV había dejado sentir su deseo de heredar la Monarquía hispánica en más de una ocasión, de ahí que los embajadores franceses hubieran observado con lupa las incansables negociaciones relativas al matrimonio de Margarita, comenzadas en la temprana fecha de 1659, tras la firma de la paz de los Pirineos²⁵. En esos tiempos aún vivía el infante Felipe Próspero que, al nacer en noviembre de 1657, quitó el título de “infante” a María Teresa. Margarita había nacido años antes, en 1651 y desde entonces, rodeada de enanos y festejos, había esperado pacientemente su compromiso matrimonial. Las suspicacias de Embrun, embajador francés en la corte de Madrid, respecto al destino de Margarita se reflejaron en su correspondencia diplomática tal y como ha estudiado Ana Álvarez²⁶: El diplomático envió abigarrados informes sobre las negociaciones, retrasos e impresiones referentes a las bodas de la velazqueña infanta. En 1661, con motivo de la muerte de Felipe Próspero, Embrun notificó a Luis XIV el trato de favor que él había recibido por parte del rey en el interin temporal comprendido entre el fallecimiento del heredero y el nacimiento, cinco días después, del príncipe Carlos (porque si hubiera sido niña, quizás la sucesión podría haber recaído en Luis XIV²⁷). El recién nacido infante frustró las esperanzas de Embrun. Con la seguridad que aportaba un heredero varón, Felipe IV se aventuró a prometer a su hija Margarita mediante la signatura de las capitulaciones citadas, el día que daba comienzo la novena de la virgen de la Expectación²⁸. Desde aquel momento, Leopoldo consideró a la infanta como emperatriz, título con importantes repercusiones en el ceremonial y razón suficiente para que fuera

²⁴ Traducción de las capitulaciones matrimoniales para el casamiento de la emperatriz doña Margarita María ajustada en Madrid 18 de diciembre de 1663, AHN, Estado, leg. 2805.

²⁵ F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, p. 1221.

²⁶ A. ÁLVAREZ LÓPEZ: *La fabricación de un imaginario. Los embajadores de Luis XIV y España*, Madrid 2008, p. 165.

²⁷ *Ibidem*, p. 223.

²⁸ AHN, Estado, leg. 2799.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

Du Chateau:
La emperatriz Margarita,
1665
(Kunsthistorisches Museum)



tratada con mayor deferencia que la reina consorte Mariana de Austria. No obstante, no siempre sería así y en términos generales, el protocolo no reflejaría la privilegiada posición que el emperador atribuía a la que consideraba su esposa.

Al margen de los devaneos ceremoniales (ora inclinados a Margarita, ora a Mariana), la principal preocupación de rey y emperador fue la llegada de la emperatriz a su destino. El monarca no podría cumplir con los plazos establecidos: la falta de medios, coronada por la bancarrota de 1664, fue una de las principales razones de la demora de la jornada; le seguirían motivos de índole ceremonial y dinástica ²⁹. Ante la interminable espera, Leopoldo tomó medidas de presión, una de ellas, la más drástica, fue la negociación de un tratado de partición con la Monarquía francesa que finalmente naufragó; más “fina” medida fue la decisión de enviar al conde de Harrach en calidad de embajador extraordinario con la especial misión de entregar las joyas nupciales a la emperatriz,

²⁹ Las negociaciones matrimoniales así como la formación de la Casa de la futura emperatriz han sido aspectos brillantemente estudiados por F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, pp. 1221-1266.

pruebas materiales del ineludible compromiso contraído. Acompañaría a Harrach un pintor del gusto del emperador: Du Chateau, que se encargaría de retratar a su prometida³⁰, singular tarea cuando los retratistas de la época eran además de pintores, espías y diplomáticos³¹. Du Chateau tendría la oportunidad de observar la fisionomía de una infanta a la que tendría que retratar como a la emperatriz que deseaba Leopoldo. Huelga decir que estos dos plenipotenciarios del Imperio tratarían a Margarita de “emperatriz”, título utilizado por todos los criados de Leopoldo, antes y después de la muerte de Felipe IV, para referirse a la infanta: el cardenal Colona describía a la princesa de esta manera:

*e la serenísima imperatrice di spiritu molto elevato, e di trato non inferiore a la maestá, e bellezza che l'accompagnano et ha venido mostrato di grandire la mia venuta inqueste parti per servire alla maestá sua*³².

Espíritu y belleza, delicadas virtudes neoplatónicas le atribuía Colona a la “emperatriz”; cabe imaginar que ciertos ministros españoles verían con los mismos ojos a su princesa, aunque discreparan en el destino que el cardenal le auguraba. Porque no todos se declararon a favor de casar a la infanta. Algunos (quizás queriendo beneficiar con su postura a Luis XIV) se declararon en contra argumentando problemas ceremoniales y de influencia³³. Vivía en esos meses Felipe IV, empecinado en concluir el matrimonio que tantas protestas estaba empezando a provocar.

Lisola, el segundo embajador extraordinario que Leopoldo envió a Madrid para agilizar los trámites nupciales, se hizo eco en su latina correspondencia de las hondas reticencias de algunos consejeros; unos recelos que quizás tenían su imagen en aquel reloj que la infanta sostenía en la obra de Ruiz de la Iglesia, porque aquel retrato, seguramente comisionado por Felipe IV y destinado al emperador, podía presentar además de a la futura emperatriz, a la potencial reina de

³⁰ MARQUÉS DE VILLLAURRUTIA: *Relaciones de España y Austria durante el reinado de la Emperatriz dona Margarita, Infanta de España, esposa del Emperador Leopoldo I*, Madrid 1905, p. 82.

³¹ Sobre el tema véase Á. ATERIDO FERNÁNDEZ: “De reyes, embajadores, pintores y un enano: John Closterman en la corte de Carlos II”, en J. L. COLOMER (coord.): *Arte y diplomacia de la monarquía hispánica en el siglo XVII*, Madrid 2003, pp. 196-197.

³² HHStA, Spanien Diplomatische Korrespondenz, Kt 49. Colona al emperador, 6 de marzo de 1665, p. 88.

³³ AGS, Estado, leg. 2378, citado por F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, p. 1226 y también AGS, Estado, leg. 2993, en p. 1233.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

la Monarquía: la infanta que no ha firmado aún su compromiso matrimonial y que estaba dispuesta a gobernar –siguiendo la simbología del reloj– con altísima prudencia y precisión propia de su altísima virtud principesca. Quizás no se deba descartar la mirada con la que ciertos ministros habrían contemplado la imagen de Margarita y su reloj. No sería éste el último retrato de la infanta-emperatriz antes de la muerte de su padre. Du Chateau aguardaba el permiso para retratar no a la “infante”, que algunos creerían ver en aquel cuadro, sino a la emperatriz que el emperador Leopoldo aguardaba.

En una de las sesiones del Consejo de Estado celebradas a finales de marzo para debatir la partida de la emperatriz, el conde de Peñaranda aconsejó, con el fin de despejar el halo de desconfianza que flotaba entre los plenipotenciarios del Imperio, adelantar el matrimonio por procuración y dar entrada en las sesiones del Consejo al embajador del emperador:

...se ofrecen dos medios, que son el primero el efectuar por poderes este matrimonio desde luego, con que se harían cesar los discursos, y los banos temores y quimeras que fingen, y esparcen los enemigos de que pueda reservarse para otro intento a la señora infante, y supuesto que no es cosa nueva, que los embajadores de V. M. sean llamados en la corte del señor emperador para intervenir en sus Consejos y negociados y dar parecer sobre todo...³⁴.

Once días después de la emisión de aquel voto, el barón de Lisola escribía a Viena anunciando que el conde de Peñaranda le había confesado que los ministros no estaban de acuerdo con la partida de la infanta y que sólo el duque de Medina de las Torres, fiel criado, estaba dispuesto a llevar a término el negociado³⁵. A pesar de las voces contrarias transmitidas por Lisola, los trámites siguieron su curso impulsados por Felipe IV y doña Mariana de Austria. Felipe IV insistió en la necesidad de enviar a su hija con prontitud³⁶, aun siendo consciente de su deterioro físico y de la posibilidad de que Mariana de Austria tuviera que asumir el cargo de regente. A finales de mayo la reina había empezado a ser instruida en las cuestiones de gobierno³⁷, bien por la necesidad de finalizar la

³⁴ Voto del conde de Peñaranda. 26 de marzo de 1665 (AHN, Estado, leg. 2799).

³⁵ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Kt. 49AB, 108/16, Spanien, fasz. 62. Barón de Lisola al emperador, 8 de abril de 1665.

³⁶ AHN, Estado, leg. 2799. Felipe IV al duque de San Lúcar, 30 de julio de 1665.

³⁷ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Kt. 49, Pötting al emperador, 20 de mayo de 1665. El interés de Felipe IV en el enlace también en el informe de Lisola de 21 de mayo de 1665.

gestión del matrimonio de su hija, bien por la perentoria posibilidad de una regencia. Los embajadores del Imperio estaban muy interesados en el adiestramiento político de la consorte que, por ser hermana de su “amo”, debería beneficiar los intereses del Imperio. Lisola, Pötting, el embajador ordinario y Nithard, el juzgado como oscuro confesor jesuita de la reina desde su más tierna infancia, tuvieron una conferencia en relación a la peliaguda cuestión, tal y como confirma el barón en una misiva fechada el 4 de junio ³⁸. Previamente, Lisola había informado al emperador de la personalidad de la reina, de Nithard y de los demás ministros de la Monarquía destinados a hacerse cargo del gobierno si, como él auguraba, la muerte sorprendía con premura a Felipe IV ³⁹: comentaba que la reina merecía todas las reverencias, el pueblo la amaba, pues veneraba con meticulosa observancia a su marido, era de excelente ingenio y de corazón generoso, gozaba de versada prudencia y era capaz de guardar silencio; ventajas que a su juicio no impedirían que, si subía al poder, el reino se cubriera de tinieblas; además tenía una fe ciega en Nithard ⁴⁰. Lisola y Pötting se esforzaron por averiguar las condiciones de la tutela de la Monarquía ⁴¹ que determinarían el rumbo de Margarita.

La muerte del archiduque de Austria en el mes de junio de 1665 aumentó la angustia de Leopoldo. El fallecimiento de Segismundo sin herederos, a pesar de reportarle el Tirol como herencia, cercaba las posibilidades sucesorias que debía reforzar la infanta con su fértil vientre. El emperador reiteró la necesidad de una consorte que le diera descendencia. En agosto, sus temores llegaron al paroxismo: Felipe IV estaba redactando su testamento. La muerte acechaba al Alcázar amenazando con llevarse al máximo garante de su matrimonio. Si la guadaña sorprendía al monarca, todo podía dar al traste, justo en el momento en el que se estaban tomando las disposiciones referentes a la armada. Las informaciones de Lisola no fueron menos tranquilizadoras: anunció que el rey había tomado como ejemplo a la infanta Isabel ⁴² y que los ministros, en tal situación de crisis

³⁸ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Kt. 49, Lisola al emperador, 4 de junio de 1665.

³⁹ *Ibidem*. Lisola al emperador en latín, 21 de mayo de 1665.

⁴⁰ *Ibidem*. Seguía opinando Lisola sobre todos los ministros de la Monarquía en cifra.

⁴¹ *Ibidem*. 3 de agosto de 1665.

⁴² Isabel Clara Eugenia: “*Philippi secundi exemplum, qui infantea Isabelam filiam suam in intimam arcanorum...*” (*Ibidem*, p. 170).

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

dinástica, se negarían a que Margarita iniciara el viaje, travesía que –según las últimas informaciones interceptadas– Luis XIV deseaba interrumpir sirviéndose de una flota dirigida por el duque de Beaufort ⁴³. El rey, con los vientos cortesanos en contra, decidió, tras una larga disertación con su esposa, que la infanta debía salir de Madrid sin demora el 20 de septiembre ⁴⁴. Diez días después del clamor del ya aquejado monarca, Du Chateau inició el retrato de Margarita. Era el 28 de agosto: la infanta fue representada luciendo en la mano derecha un abanico, símbolo de autoridad ⁴⁵ y en la izquierda unos guantes, signos de superioridad moral y prestigio ⁴⁶. Felipe IV no llegaría a contemplar el último retrato de su hija porque, mientras Du Chateau daba las últimas pinceladas, él libraba su particular batalla contra la muerte, empeñado en mandar a su hija con el emperador. El cinco de septiembre de 1665 señaló al buro que se diese toda la prisa posible para tener todo preparado para la salida de la “infante” ⁴⁷. Lisola siguió enviando sus vaticinios políticos: el rey iba a morir, el infante Carlos tenía mala salud, la reina sería la tutora del reino y Aytona educaría al nuevo rey ⁴⁸. Las dudas de última hora se acumularon en el bufete: el 11 de septiembre aún no se había decidido quién acompañaría a la infanta en el viaje. La reina quería al duque de Montalto, su mayordomo mayor, sin embargo las últimas urdimbres se decantaron por el duque de Alburquerque ⁴⁹ (tras la negativa del duque de Cardona). Demoras y más demoras, justificadas e injustificadas, inundaron las conciencias cortesanas y los ministros opositores

⁴³ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Kt. 49, 15 de agosto de 1665.

⁴⁴ *Ibidem*. 18 de agosto de 1665, Lisola al emperador.

⁴⁵ Traídos de Oriente, los abanicos fueron adoptados por las mujeres de la Casa Real portuguesa, estas se hacían retratar con el abanico en la mano izquierda como símbolo de autoridad, imitando a los samuráis (M^a T. MARTÍN BOURGON: *La Monarquía española en la pintura. Los Austrias*, Barcelona 2004, p. 317).

⁴⁶ Los guantes debían estar perfumados. Para la estudiar la íntima relación entre el perfume y la *nobilitas*, M. BIMBENET-PRIVAT: “Bijoux de senteur”, en *Le bain et le miroir. Soins du corps et cosmétiques de l’Antiquité à la Renaissance*, París 2009, pp. 332-323.

⁴⁷ AGS, Estado, leg. 2993, s. f. (F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, p. 1227).

⁴⁸ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Spanien, Kt. 49.

⁴⁹ *Ibidem*. Correspondencia de Lisola, 11 de septiembre de 1665.

buscaron, ante la debilitada salud del monarca, retrasar la jornada hasta la siguiente primavera.

Du Chateau acabó el retrato ese mes de septiembre: la obra saldría de Madrid con la noticia de la muerte de Felipe IV⁵⁰ y acompañando a un correo urgente de Lisola. La misma noche de la muerte del rey, el 17 de septiembre, el delegado se había apresurado a redactar una misiva con las cláusulas testamentarias y la reacción de la corte ante el terrible acontecimiento. En un primer momento se juzgó que el ascenso de Mariana de Austria beneficiaría al Imperio, constituyendo –en palabras del cardenal de Hassia– un “notable alivio” y prometiendo “muy feliz salida”⁵¹ en todos los asuntos relacionados con la casa de Austria. Sin embargo la realidad se reveló bien distinta: la desaparición del monarca agudizó el problema sucesorio ante la incertidumbre del tiempo de vida del pequeño Carlos II. La nueva circunstancia dinástica modificaría las posturas de los distintos grupos cortesanos... éstos volverían su mirada hacia Margarita, la única depositaria de los derechos sucesorios en caso de muerte de Carlos; pues, en su testamento, Felipe IV había reafirmado a la infanta en su puesto de “hija que me sucediere”⁵². El emperador, por el contrario, en la carta de pésame que envió a Margarita, se refirió a ella como amantísima esposa⁵³; esperaba quizás que ésta le respondiese como tal, como había esperado pacientemente la respuesta a su primera carta en la primavera de 1664⁵⁴.

El Consejo de Estado, dos días después de la muerte del rey, aconsejó no iniciar la jornada porque el invierno estaba cerca⁵⁵. La infanta-emperatriz se dispuso a trocar el guardainfante por los trajes de luto, con ellos fue retratada por Martínez del Mazo⁵⁶ su madre Mariana de Austria, portando el hábito de monja franciscana como todas las viudas Habsburgo, también fue objeto de los

⁵⁰ MARQUÉS DE VILLLAURRUTIA: *Relaciones de España y Austria...*, *op. cit.*, pp. 46–47.

⁵¹ HHStA, Spanien Varia, Kt, 17, p. 324. Cardenal de Hassia, 16 de octubre de 1665.

⁵² Testamento de Felipe IV (BNE, Mss. 11040).

⁵³ HHStA, Spanien Hofkorrespondenz, Kt. 6, 4.133. 18 octubre 1665.

⁵⁴ Consulta al Consejo de Estado sobre si la infanta podría responder la carta del emperador (AHN, Estado, leg. 2799, 14 de abril de 1664).

⁵⁵ AHN, Estado, leg. 2799. Madrid, 19 de septiembre 1665.

⁵⁶ Obra citada anteriormente que años después colgaría de las paredes del palacio de Uceda.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...



Martínez del Mazo: *Mariana de Austria con trajes de viuda*, 1666
(Museo del Greco, Toledo)

pinceles del yerno de Velázquez⁵⁷: los dos retratos, el de la madre y el de la hija, tenían grandes semejanzas compositivas. Ambas, la eterna novia imperial y la regente, tuvieron que convivir en el Alcázar de Madrid durante los fríos meses invernales. Y ministros y cortesanos parecieron no ponerse de acuerdo en el modo de dirigirse a su antaño infanta y hogaño infante-emperatriz. La confusión de títulos otorgados a Margarita por la documentación diplomática y administrativa en los meses previos a su viaje a Viena refleja el conflicto político, diplomático y dinástico que vivió la Monarquía en los primeros meses de la regencia de Mariana de Austria. La consideración imperial de Margarita debería haber tenido su traducción en el ceremonial, al menos para los nobles que la trataban de esposa de Leopoldo; este era el caso del conde de Pötting, que besaba la mano de la infanta y se negaba a besar la de la reina porque Margarita era “su ama” y los embajadores del Imperio sólo besaban la mano de la emperatriz. No fue esta la tónica ceremonial adoptada por la corte de Madrid.

Los debates en torno al itinerario a seguir por la infanta ocuparon el tiempo de los ministros, muy preocupados por la situación de inestabilidad de la regencia: en octubre, don Fernando de Borja llegó a sugerir que el viaje se realizara por Zaragoza, donde Margarita, por “su autoridad y persona”, podría jurar los fueros en nombre de su hermano, dando así estabilidad al gobierno de minoridad en las siempre peligrosas tierras forales⁵⁸. Por razones que se desconocen, se desestimó la propuesta de realizar la jornada por Aragón que, en opinión de los Borja, tantas ventajas habría supuesto para la regente.

La primavera permitió al conde de Harrach cumplir su cometido de entregar las joyas a la emperatriz. Desde Bruselas, el marqués de Castelrodrigo manifestó esperanzado su deseo de que las alhajas presentadas por el conde de Harrach “ayudaran mucho a adelantar las prevenciones” y el viaje, de lo que se “olga[ría] sumamente por varias razones y particularmente por ver al señor emperador con el gusto y satisfacción” que deseaba, como “afectuoso y verdadero criado de su augustísima persona”⁵⁹. Pötting describió la ceremonia: a la emperatriz se le entregaron: “tres diferentes piezas, la primera de cinco esmeraldas

⁵⁷ Un estudio completo del retrato de doña Mariana por Mazo en M. LLORENTE: “Imagen y autoridad en una regencia...”, *op. cit.*, pp. 224-228.

⁵⁸ *Ibidem*. Consulta de don Fernando de Borja, octubre de 1665.

⁵⁹ HHStA, Spanien Varia, Kt 17, p. 288. Carta del marqués de Castelrodrigo, Bruselas, 16 de septiembre de 1665.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

de exçesivo tamaño, la segunda rubi, una rosa de diamante, y una perla...”, ésta última encarnaba su nombre, pues Margarita significaba perla en griego. También recibió un retrato del emperador con tallas de diamantes ante la mirada de satisfacción del embajador del Imperio ⁶⁰, que días después vería su alegría empañada por la informalidad con la que la “emperatriz” y su “jornada” serían tratadas en el documento que don Blasco de Loyola, secretario del despacho universal, le entregaría el 19 de noviembre, pues en el mismo –relataría el disgustado diplomático– la emperatriz sería denominada “la infanta” y para referirse a la jornada, vocablo usado para el viaje de la novia imperial, Blasco de Loyola utilizaría la expresión “la salida de ahí” con muy poca formalidad y respeto al compromiso matrimonial con el Imperio ⁶¹. Los secretarios del despacho habían utilizado en más de una ocasión y, curiosamente, antes de la muerte de Felipe IV, el término infante: don Luis de Oyanguren, el 16 de junio de 1665, un año antes, había comunicado al conde de Pötting el nombramiento de la condesa de Benavente ⁶² como camarera mayor de la señora “infante” ⁶³, y al día siguiente había vuelto a dar aviso de la lista de criadas aludiendo a Margarita con el mismo título ⁶⁴.

Los magnates que orbitaban alrededor de Pötting utilizaban, como se ha visto, el término emperatriz para referirse a la infanta en los meses postreros al óbito de Felipe IV: el marqués de la Fuente, embajador en Francia que antes lo había sido en el Imperio, escribía a Pötting en noviembre de 1665 alegrándose de que la jornada de la emperatriz estuviera fijada gracias a la intervención de Mariana de Austria, a la que alababa por su “acertado gobierno”. Aprovechaba La Fuente para enviar dos relojillos realizados por un maestro relojero de gran fama en París, como muestra de deferencia hacia el embajador del Imperio ⁶⁵. El reloj, que significaba el buen gobierno, fue un elogio a su acertada discreción en el asunto, a la vez que intento de promoción de su hijo para la embajada en Viena.

⁶⁰ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, 22 de noviembre de 1665, I, p. 153.

⁶¹ *Ibidem*, nota 283, p. 163.

⁶² Doña Antonia de Mendoza y Castro.

⁶³ HHStA, Spanien Varia, Kt. 17. Don Luis de Oyanguren, 16 de junio de 1665, p. 166.

⁶⁴ *Ibidem*, 17 de junio de 1665.

⁶⁵ HHStA, Spanien Varia, Kt. 17, p. 36. El marqués de la Fuente a Pötting.

Finalmente, el 25 de abril, día de Pascua de Resurrección, se celebró el matrimonio por procuración en el Salón de los Espejos⁶⁶. El cardenal Colona presidió la ceremonia y el duque de Medina de las Torres ejerció como plenipotenciario de Leopoldo I, al que servía con fe ciega cuando sus acusadas “melancolías” se lo permitían. Margarita contestó a las acostumbradas preguntas vestida “sin falda”⁶⁷ por el luto guardado a Felipe IV. Acabado el desposorio, la emperatriz besó la mano de su madre y con la misma intención se dirigió a su hermano, quien no se dejó besar⁶⁸. El conde de Pötting entregó a la emperatriz una carta de su esposo y seguidamente comenzó el besamanos que, convertido en una confusión de precedencias (unos besaron primero a la reina regente y otros a la señora emperatriz), escandalizó al embajador imperial. Con la suscripción de estas palabras: “No todos supieron lo que hacían”⁶⁹, el esforzado diplomático trató de consolarse.

Tres días después de la ceremonia, la emperatriz Margarita se despidió con lágrimas y gran ternura⁷⁰ de su madre y hermano; hizo una breve visita a las Descalzas Reales y después dio por iniciada su jornada a Viena con “un maremagnum de riquezas y menaje”⁷¹ y rodeada de un amplísimo séquito de criados y palafreneros, cuidadosamente escogidos según las lógicas cortesanas⁷².

LA FORMACIÓN DE UNA CASA: LISTAS⁷³, LIDES Y LUCHAS

En una de las sesiones del Consejo de Estado, algunos ministros alegaron los breves ceremoniales para desestimar el matrimonio de la infanta Margarita con

⁶⁶ BNE, Mss. 11028: *Papel de la forma en que se celebró el desposorio de la señora emperatriz de Alemania y salida de su majestad cesara de madrid que fue a 25 de abril de 1666*, pp. 24-28. El matrimonio se celebró a las seis de la tarde (AHN, Estado, 2597, leg. 5).

⁶⁷ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, I, p. 195.

⁶⁸ *Ibidem*, I, p. 198.

⁶⁹ *Ibidem*.

⁷⁰ *Ibidem*, I, p. 199.

⁷¹ Joyas, guantes de ámbar, pastillas de olor, etc... (BNE, Mss. 11028, pp. 27-28).

⁷² Disposiciones para el viaje de la infanta Margarita (AGP, Reinados, Carlos II, Cajas 112-115).

⁷³ Listas de criados: HHStA, OMeA, ÄZA, 7-27, pp. 353-490.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

el emperador Leopoldo I. Algunas de las razones “protocolarias” esgrimidas fueron las incompatibilidades que podrían sucederse entre la Casa de la emperatriz viuda y la de la emperatriz reinante⁷⁴. Leonor de Mantua, tercera esposa del finado emperador Fernando III, era una mujer de fuerte carácter que –según aventuraban– eclipsaría la posible influencia de la emperatriz Margarita, más joven e inexperta en las lides cortesanas. No iban desencaminadas las apreciaciones de aquellos consejeros consultados. Sin embargo, el argumento no pesó demasiado en el cómputo final de las consultas emitidas ante el monarca, por lo que el conflicto ceremonial pasó a segundo plano en el marco de las intensas negociaciones del matrimonio entre el emperador y la “infante”. No obstante, Felipe IV no desestimó la organización y configuración de una Casa acorde al rango y circunstancias de su hija; después de todo, la elección de los personajes que iban a servir a la emperatriz era un negociado de alto interés político y representativo. Así, el cuerpo de criados encargado de acompañar y representar a su señora Margarita se constituiría como una célula institucional con un gran potencial cortesano, susceptible de convertirse en una burbuja de poder, capaz de desplegar sus tentáculos e influir política y culturalmente en su nuevo orbe imperial.

La infanta era una joven princesa que había sido educada en la *Pietas* austriaca y en el amor a la dinastía. En sus años infantiles se había destacado por su gracia innata, despertando en Felipe IV una predilección paternal manifiesta en los numerosos y geniales retratos velazqueños de los que Margarita fue indiscutible protagonista. La juventud e inexperiencia de una infanta, desconocedora del idioma alemán, educada en la piedad, el ceremonial y acaso el teatro, reclamaba un halo protector para, por un lado, evitar que injerencias externas le hicieran sombra, y por otro, garantizar una digna representación de la Monarquía española en la corte de Leopoldo, porque sumamente importante era el mantenimiento del ceremonial en la ardua batalla de rangos disputada en las cortes barrocas. Por ello, Felipe IV y Mariana de Austria intentaron blindar a su hija con un elenco de servidores pertenecientes a la más alta alcurnia y portadores de un bagaje cortesano de peso.

Los puestos más importantes de la Casa debían ser copados por personalidades fuertes, experimentadas, del gusto de las dos coronas, hombres y mujeres

⁷⁴ F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, p. 1233; AGS, Estado, leg. 2993.

que hubieran demostrado una clara inclinación hacia el grupo de poder imperial de la corte de Madrid. Las listas de los criados barajados circularon con premura: conversaciones, modificaciones y capciosas sugerencias se sucedieron con una pasmosa rapidez, pasando por las ágiles manos del embajador imperial en Madrid, el ducho conde de Pötting que, en su prolija correspondencia con el emperador, se atrevía a sugerir y despachar nombres de las abigarradas anotaciones supervisadas por Felipe IV. El número de criados y la identidad de los personajes elegidos para los puestos de la cámara fueron los dos puntos de controversia que complicaron sobremanera el acuerdo referente al servicio de la emperatriz.

La camarera mayor⁷⁵ junto con el mayordomo mayor eran los dos puestos más relevantes de la Casa: sus funciones de servicio iban parejas a la influencia política y ascenso social, porque la cercanía física y emocional a la persona regia garantizaba el poder. Esta última circunstancia los convertía en maestros de la *fineza* que, en una corte lejana, era el “bisturí” esencial para operar con cortesía. Felipe IV insistió en que el cargo de mayordomo mayor y el de embajador español en Viena confluyeran en la misma persona; era esta una estrategia habitual en la composición de las casas de las princesas casaderas⁷⁶. Leopoldo I se negó a ello porque si el embajador ocupaba el puesto de mayordomo mayor, su esposa tendría mayor oportunidad de recibir magistrales lecciones diplomáticas de un avisado maestro que no siempre compartiría sus intereses. Más audaz sería buscar un personaje austriaco. Esta vez, las parcas, guiadas por el hilo del emperador, beneficiarían al príncipe de Dietrichstein. Felipe IV cedió. El puesto de camarera mayor fue otro punto de discusión aunque más dentro de la corte de Mariana de Austria que fuera de ella: Madrid acostumbraba a enviar camareras mayores autoritarias, rígidas e influyentes, mujeres en principio bien relacionadas con el grupo de poder imperial en Madrid que a veces eran elegidas por ser “molestas” en el tejido político-cortesano del momento. Aquellas

⁷⁵ Sobre las camareras mayores en Madrid véase M^a V. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO: “Entre damas anda el juego: Las camareras mayores de Palacio en la Edad Moderna”, *Cuadernos de Historia Moderna*, Anejos 2, Monográfico: *Monarquía y Corte en la España Moderna* (Madrid 2003), pp. 123-152.

⁷⁶ Felipe III quiso que el duque de Monteleón, embajador español en París, ocupara el puesto de mayordomo mayor de su hija Ana de Austria (L. OLIVÁN: “Retour souhaite ou expulsion réfléchit?: La Maison espagnole d’Anne d’Autriche quitte Paris, 1616-1618”, HEC, *Working Papers*, CADMUS, Instituto Europeo de Florencia, en prensa).

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

viudas de altísima alcurnia solían tener a sus espaldas una larga experiencia cortesana y un capital nada despreciable (en forma de puestos desempeñados como antiguas damas, dueñas o señoras de honor) que estaban dispuestas a utilizar con las sutilezas debidas para imponer y salvaguardar el honor, el poder y la imagen de su joven señora en la corte a la que era destinada. A veces, sabía Leopoldo, estas mujeres se enquistaban en el núcleo del *Hofburg*, malquistándose con embajadores, altos funcionarios, personal de servicio, dueñas, damas y hasta con el mismísimo emperador cuando no con su señora, la —en ocasiones— pusilánime emperatriz.

Leopoldo se conformaría con una señora afín al Imperio que no creara conflictos de precedencia con la embajadora española, que no por acostumbrados eran menos incómodos. En Madrid, Nithard intentó desembarazarse de las mujeres que le resultaban más “incómodas” y en parte lo consiguió cuando el puesto recayó en la condesa de Benavente⁷⁷, amiga de la camarera mayor de Mariana de Austria y del conde de Pötting⁷⁸, cada vez más alejado de las dinámicas del jesuita⁷⁹. En opinión del embajador, era la condesa de Benavente muy apropiada para desempeñar el cargo de camarera de la emperatriz: “mujer de tantas partes que no se podía desear mas”⁸⁰. Su alto concepto de la noble señora se tradujo en el apoyo de su candidatura, aprobada por la regente a principios de 1666. La tranquilidad por la aceptación de su candidata comenzó a tambalearse cuando Mariana de Austria decidió reforzar en sus instrucciones el punto que obligaba a la camarera a ceder la precedencia a la embajadora de España en cualquier ceremonia que aconteciera en Viena. No consideró el conde apropiada la orden porque en la corte del emperador se iba “practicando lo contrario”⁸¹. Sus juicios coincidían con la condesa de Benavente que, poco dispuesta a ser precedida por la embajadora (la condesa de Castelar), intentó solucionar sus “dudas” respecto a su posición ceremonial enviando una carta

⁷⁷ Enemistad entre la condesa de Benavente y el padre Nithard: E. PÖTTING: *Diario...*, op. cit., I, 31 de diciembre de 1665, p. 163; 3 de enero de 1666, p. 165.

⁷⁸ Amistad de la condesa de Benavente y la condesa de Pötting: *Ibidem*, I, pp. 158 y 172; 7 de febrero de 1666, p. 177; 13 de febrero de 1666, p. 179.

⁷⁹ *Ibidem*, I, p. 162, y “disparates del Reverendissimo Padre Neithart”, 15 de enero de 1666, p. 171; 31 de febrero de 1666, p. 175.

⁸⁰ *Ibidem*, I, p. 221.

⁸¹ *Ibidem*, 20 de mayo de 1666.

desde Denia (lugar donde el séquito de la emperatriz aguardaba la orden de embarque) en la que preguntaba a la reina doña Mariana si la precedencia debía cumplirse siempre o sólo el día del besamanos ⁸². Indignó aquella consulta a don Baltasar de la Cueva, marqués de Malagón y conde de Castelar, electo embajador para el Imperio, que no vaciló a la hora de enviar una urgente misiva a doña Mariana quejándose de los titubeos de la camarera, nada inocentes a su entender, porque según escribió: “quien pregunta lo que sabe, no quiere hacer lo que debe” ⁸³. Contestó la regente a la condesa de Benavente que la orden era permanente, siendo sólo de su servicio el ceder en todo momento la posición a la emperatriz ⁸⁴.

Los desacuerdos entre embajador y camarera quedaron bruscamente interrumpidos al caer enferma de tercianas la señora emperatriz. La sola idea de que su señora falleciera podía conciliar a los vasallos más enemistados. La condesa de Benavente aconsejó a la reina que, como prueba de amor, enviara a Viena las vendas de las sangrías de la emperatriz ⁸⁵. Así lo hizo doña Mariana. Pötting aplaudió el gesto que “como tan cabal palaciega” ⁸⁶ había ideado la camarera. Desconocía la apreciada señora que pronto tendría que utilizar paños semejantes para calmar sus propias fiebres porque, pocos días después de su “cabal sugerencia”, caería enferma con los mismos síntomas que su joven ama ⁸⁷. Murió la condesa el 11 de junio, según Pötting, “mártir” por haber defendido sus privilegios frente a la condesa de Castelar ⁸⁸. Ocupó su puesto por breves días la duquesa de Albuquerque, del agrado del conde de Castelar, hasta que finalmente doña Mariana nombró a la condesa de Eril, doña Margarita Teresa, viuda de don Alfonso Folch de Cardona y Borja, primer marqués de Castelnou. Doña Mariana volvió a reiterar a la nueva camarera su deseo de que cumpliera

⁸² AHN, Estado, leg. 2799, y la condesa de Benavente a la reina, Denia, 2 de junio de 1666.

⁸³ *Ibidem*. Don Baltasar de la Cueva a la condesa de Benavente, 12 de junio de 1666.

⁸⁴ *Ibidem*. Mariana a la condesa de Benavente, 7 de junio de 1666, Madrid.

⁸⁵ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, 25 de junio de 1666, p. 216.

⁸⁶ *Ibidem*.

⁸⁷ AHN, Estado, leg. 2799, Denia, 3 de julio de 1666. El duque de Albuquerque a doña Mariana.

⁸⁸ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, 11 de julio de 1666, p. 221.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

con el orden establecido en el ceremonial⁸⁹ aunque el emperador le indicara lo contrario; y añadió en sus instrucciones, a modo de broche final, que estuviera “en buena conformidad e inteligencia”⁹⁰ con el embajador español, principal encargado en “disponer el ánimo del emperador” para el cual, éste, necesitaría “valerse de la emperatriz”. En aquel delicado punto, por su medio “mas familiar y secreto”, la camarera podría influir en todas las decisiones. Esta última reflexión condensaba los anhelos de unión de embajador y camarera, tantas veces expresados por monarca y cortesanos desde los prolegómenos de la formación de la Casa de Margarita. Pero de nada servirían las advertencias de doña Mariana. La correspondencia Castelar-Eril, entendida como la “piedra filosofal” que transformaría las relaciones con la corte imperial y garantizaría el funcionamiento de los criados españoles, quedaría en mera quimera.

LA “PERLA”⁹¹ DISPUTADA:

GUERRA, “AMOR” Y ESPECTÁCULO EN LA CORTE DE LEOPOLDO

Quizás las vendas de las sangrías de la emperatriz enviadas a Leopoldo como prueba de los sufrimientos que ésta estaba pasando de camino a su encuentro, surtieron el efecto deseado. Las curiosas pruebas de “amor” significaron al emperador la férrea voluntad de alianza con el Imperio que tenía su hermana doña Mariana, porque una regencia femenina en tiempos de minoría de edad bien podía buscar amparo en los lazos familiares conservados más allá de las fronteras del reino. La unión matrimonial con el emperador daba esperanzas de estabilidad a un recién estrenado gobierno con demasiadas incertidumbres.

El viaje de la emperatriz, jalonado por fiestas y recepciones en pueblos y ciudades, fue detalladamente descrito en numerosos panfletos que el emperador ordenó difundir por las cortes más importantes de Europa. Bajo sus denodados esfuerzos por proclamar a los cuatro vientos su connubio con la hija más valiosa

⁸⁹ AHN, Estado, leg. 2799: *Instrucción de lo que vos Doña Juana la de tal condesa de Eril parienta haveis de observar en el exercicio de camarera mayor de la emperatriz mi hija en el viaje y residencia de Alemania para donde ha partido después del casamiento ajustado con el Emperador mi hermano. Instrucción de la condesa de Eril*. Madrid, 12 de agosto de 1666.

⁹⁰ *Ibidem*. Por consulta de 29 de julio de 1666. La Reyna gobernadora

⁹¹ Margarita significa perla en griego.

de Felipe IV, se escondían sus más profundos temores por las sombras que la primogénita del monarca hispano, María Teresa, podía hacerle en el tema sucesorio. La esposa de Luis XIV había renunciado a sus derechos al firmar su matrimonio; sin embargo, la validez de tal renuncia estaba sujeta al pago de una dote que el mismo monarca francés había tratado de retrasar en sucesivas ocasiones como estrategia de mantenimiento de los jugosos derechos de su mujer. Leopoldo sabía que su vecino y rival francés no claudicaría fácilmente ante la diatriba sucesoria que perentoriamente podía provocar la muerte del infantil rey Carlos II; de ahí que, tras la confirmación de la salida de Margarita de Madrid, diera inicio a un rosario de apoteósicas fiestas respaldadas por una impaciente campaña propagandística, en un intento de competir y ganar la batalla ceremonial a las bodas de Luis XIV con la infanta María Teresa.

El fin de la travesía no determinaría el fin de los fastos. En los años 1666 y 1668, el espectáculo barroco legitimaría el derecho de Leopoldo a la herencia española. El arte, el “amor”, la propaganda y el ceremonial en Viena se convertirían en armas de guerra, tan efectivas y contundentes como la espada. El emperador, utilizando la imagen y la fiesta, demostraría su “amor” a una esposa que podía reportarle el título de emperador “universal” que estampas y grabados venían difundiendo desde 1664⁹². Si las descripciones del viaje sorprendieron a cortesanos y extranjeros, las apoteósicas fiestas que siguieron al arribo de Margarita hicieron tambalear el poder ceremonial francés: Luis XIV tendría que aceptar a su nuevo contrincante en la competitiva lucha del artificio.

La emperatriz fue agasajada a su llegada a Milán, donde una niña hija de doña Mencía de Pimentel, le entregó un tulipán de diamantes que había pertenecido a su abuela la emperatriz María⁹³. En Roveredo el séquito español se quitó los lutos para la ceremonia de las entregas. El camino hacia Viena siguió lento pero seguro. Fiestas y agasajos de un perfecto enamorado le esperaban a Margarita en la ciudad imperial.

La triunfal entrada de Margarita aconteció el simbólico día de San Nicolás a las doce del mediodía. La emperatriz iba montada en una carroza frente a la

⁹² F. POLLEROS: “Tra maestà e modestia. L’attività di rappresentanza dell’imperatore Leopoldo I”, en F. CHECA CREMADES (ed.): *Vélázquez, Bernini, Luca Giordano. Le corti del Barocco*, Milano 2004, p. 196.

⁹³ J. VILLARROEL: *Relación diaria de la jornada de la señora emperatriz Margarita Teresa desde que desembarcó en Final hasta que salió de Lombardía (1667)*, Milán, Marcos Antonio Pandolfo Malatesta, 1667, p. 55.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

camarera mayor, que iba en el lado de los caballos. El emperador la recibió en San Marcos. El séquito siguió el recorrido por las calles de Viena pasando por tres arcos triunfales hasta llegar al convento de los agustinos, donde la emperatriz se apeó en la puerta de Loreto. La celebración del velatorio tuvo lugar en la iglesia de San Agustín; el séquito imperial fue el primero en entrar, seguido de Leopoldo y Margarita que saludaron al nuncio, recibieron el agua bendita y besaron la cruz ⁹⁴ antes de iniciar su camino hacia el altar. Acabada la ceremonia religiosa, la pareja imperial se trasladó al *Hofburg* para celebrar el gran banquete de bodas: en una sala grande iluminada, sin tapicería y junto a la chimenea, se colocó una tarima de dos gradas cubierta de paño encarnado. Bajo un dosel sin espaldar se sentaron sus majestades y altezas. Leopoldo y Margarita se acomodaron en dos sillas de brocado de oro. La emperatriz viuda ocupó una silla tapizada en negro a la izquierda del emperador y, a ambos lados de la mesa, se situaron las archiduquesas, hijas de Leonor. El cardenal, el nuncio, los embajadores de España y Venecia rodearon a la familia imperial ⁹⁵. Una obra de Jan Thomas ilustra aquella mesa nupcial en forma de “u”, alrededor de la cual se arremolinaron invitados, criados, platos, velas y comensales ⁹⁶.

Sabemos que Margarita dio muestras de alegría el día de su entrada pero desconocemos cuál fue su impresión al visitar el palacio imperial, reformado expresamente para su llegada. Probablemente no era conocedora de los tempranos preparativos de su recibimiento, iniciados en el mismo momento en el que Leopoldo obtuvo la promesa formal de su mano en 1663. En ese año se puso en marcha un calibrado programa arquitectónico para celebrar la unión matrimonial del emperador con la potencial heredera de la Monarquía española.

Los dos proyectos artísticos que tenían que estar terminados para la recepción de la emperatriz, fueron concebidos como algo más que meros receptáculos

⁹⁴ Entrada de Margarita en Viena: HHStA, OmeA, ÄZA, 7-27, pp. 613-615 y 617. Véase también G. GUALDO PRIORATO (1606-1678): *Admirables efectos de la providencia sucedidos en la vida e Imperio de Leopoldo Primero: tomo primero, en que se trata de los sucessos del año 1657 asta el de 1671* [D. M. G. P.], en Milán, Empreinta Real por Marcos Antonio Pandolfo Malatesta, 1696, pp. 159-165.

⁹⁵ HHStA, OmeA, ÄZA, 7-27. Banquete de Bodas, pp. 595-597. Véase cuadro de Jan Thomas conservado en el Kunsthistorisches Museum, reproducido en K. KELLER: *Hofdamen. Amtsträgerinnen im Wiener Hofstaat des 17. Jahrhunderts*, Viena 2005, p. 32.

⁹⁶ Obra de Jan Thomas: *Hochzeitsmahl Leopolds I im Jahr 1666*, Kunsthistorisches Museum Wien.

reflectantes de los festejos de una boda imperial. El objetivo de los mismos era más ambicioso: debían expresar espacial y visualmente el poder jurídico-político de una emperatriz digna candidata a convertirse en reina de la Monarquía hispánica. El palacio imperial fue el primer afectado por las ambiciones políticas de Leopoldo. Atendiendo a las instrucciones del consejero de guerra y arquitecto imperial Wolfgang Wilhelm Praemer, se inició una importante reforma en el *Hofburg* con el fin de asemejarlo a la estructura y estética del Alcázar de Madrid ⁹⁷: dos alas simétricas determinarían los espacios del emperador y su esposa al estilo del patio del rey y patio de la reina característicos de la residencia real madrileña; de este peculiar modo, Leopoldo I otorgaría una posición espacial a la vez que “especial” a una emperatriz con rango de heredera. Semejante estrategia arquitectónico-visual utilizaría Luis XIV en el Louvre en los años 1668-1669 ⁹⁸: A María Teresa le corresponderían aposentos simétricos a los de su augusto esposo.

Con motivo de la boda, el palacio imperial sería decorado con nuevos tapices alusivos a parejas históricas famosas como Cleopatra y Marco Antonio, o mujeres como Zenobia ⁹⁹, la legendaria reina de Palmira. Así el *Hofburg* estaría preparado para albergar a su real moradora. Pero no sólo habitaciones y tapices servirían a su magnificencia: su alta condición requería de un lugar donde pudieran sostenerse los espectáculos musicales y teatrales en los que se cantaría su gloria. La gran ópera que Leopoldo quería estrenar para celebrar el arribo de la emperatriz no podía celebrarse en cualquier auditorio: era necesario construir el teatro más grande nunca visto, un recinto de grandes dimensiones en el que la pareja imperial, como espectadores de honor, podrían sentarse en un alto podio estratégicamente situado en el centro de las gradas y desde el cual, en una suerte de juego barroco, dominarían la perspectiva, controlarían la escenografía y se presentarían ante público y actores como los verdaderos protagonistas de la grandiosa representación ¹⁰⁰. La obras para la construcción del *Theater auf*

⁹⁷ F. POLLEROS: “Tra maestà e modestia...”, *op. cit.*, p 197.

⁹⁸ K. ORLIN JOHNSON: “Il n’y a plus de Pyrénées: The Iconography of the First Versailles of Louis XIV”, *Gazette des beaux arts* 98 (1981), pp. 29-40, citado por F. POLLEROS: “Tra maestà e modestia...”, *op. cit.*, p. 197.

⁹⁹ F. POLLEROS: “Tra maestà e modestia...”, *op. cit.*, p. 197.

¹⁰⁰ A. SOMMER-MATHIS: “Luoghi teatrali alla corte imperiale di Viena nel Seicento. Dalla sala all’edificio teatrale”, en L. SANNITA NOWÉ; F. COTTICELLI & R. PUGGIONI (coords.): *Sentir e meditar. Omaggio a Elena Sala Di Felice*, Roma 2005, pp. 75-76.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

der Cortina fueron aprobadas en febrero de 1666¹⁰¹, nueve meses antes de la llegada de la infanta. Pero las ambiciosas proporciones del edificio impidieron su finalización en la fecha prevista. Margarita tendría que esperar año y medio para la inauguración de aquel espacio teatral con la ópera *Il Pomo di Oro*. A pesar del retraso, la emperatriz se vio envuelta desde el primer momento por todo un despliegue visual pictórico y arquitectónico que despertó la admiración y satisfacción de todo su séquito, el cual transmitió a la corte de Madrid sus favorables impresiones.

El embajador español, el conde de Castelar, fue uno de los primeros en manifestar su contento por el recibimiento de la emperatriz. Con las expresiones “suntuosa entrada” y “el mas dichoso y zelevre día de quantos podian ocassionar el deseo y ambicion”, el diplomático describió la ceremonia. Siguió la misiva con las alusiones al “amor” manifestado por los felices esposos:

Nuestros amos están cada dia mas contentos, doy mil gracias a Dios de verlos tan gustosos, espero hemos de lograr brevemente el colmo de estas dichas, en la dilatada sucesión que han de tener¹⁰².

Y continuó relatando el sinfín de festejos que habían seguido al banquete de bodas. En una de las danzas, la emperatriz había aparecido ante sus cortesanos vestida a la alemana “que parecía más hija de Viena que forastera, en estas públicas y estiladas modas”. En palabras de Castelar, aquella noche Margarita se había despojado de su guardainfante español para lucir los trajes alemanes. ¿Por qué? ¿Cuál era su pretensión presentándose como “hija de Viena”? Al vestir los trajes de su corte de destino, la emperatriz transformaba su cuerpo político y demostraba sus deseos de adaptación al nuevo escenario imperial, complaciendo a esposo y vasallos, por aquel entonces, algo recelosos por las costumbres que la Casa de la emperatriz estaba intentando imponer. Días atrás, Leopoldo había manifestado su disgusto por la actitud de las damas españolas que querían hacerlo todo “a su manera”¹⁰³.

La exhibición de Margarita de aquella guisa “vienesas” fue sin embargo puntual, pues formaba parte de los festejos de la boda en la que debía mostrarse

¹⁰¹ A. SOMMER-MATHIS: “Luoghi teatrali alla corte imperiale di Viena nel Seicento...”, *op. cit.*, p. 75.

¹⁰² HHStA, Spanien Varia, Kt. 22. Castellar a Pötting, 9 de enero de 1667.

¹⁰³ MARQUÉS DE VILLAUERRUTIA: *Relaciones de España y Austria...*, *op. cit.*, p. 93.

cual dócil princesa conquistada ¹⁰⁴. Al poco tiempo, volvería a vestir a la española porque, por una parte, el ceremonial español dominaba en Viena y, por otra, al emperador le interesaba que su esposa fuera contemplada como la hija de Felipe IV que le reportaría la mayor herencia territorial soñada, pues en su “extranjería” residía su valor. Y así, Leopoldo permitió a Margarita y las damas españolas el uso del guardainfante y de las formas ceremoniales propias (las protestas por su inicial comportamiento quedaron en papel mojado). Su permisividad no fue sólo un síntoma más del laxo ceremonial vienés o una manifestación de su “debilidad” en los asuntos protocolarios, sino más bien todo lo contrario: una estrategia pensada y elaborada para reforzar los intereses sucesorios. Atendiendo a estas razones, el emperador exhibiría el carácter hispánico de su esposa el primer año de matrimonio y únicamente modificaría la imagen de ésta en su propio beneficio.

El festejo nupcial con el que Leopoldo logró ensombrecer los fastos matrimoniales de Luis XIV fue el baile de los caballos *La Contesa dell’Aria e dell’Aqua* ¹⁰⁵. La grandiosidad de la representación quedó reflejada en los grabados propagandísticos que reprodujeron, con todo lujo de detalles, las secuencias del espectáculo. Las descripciones de Gualdo Priorato, biógrafo oficial del emperador, relatan con esmero las cuatro máquinas que simbolizaban a los cuatro elementos con sus respectivas comparsas, compuestas por gran número de figurantes. La trama del baile involucraba al agua, la tierra, el aire y el fuego, retados a luchar por conseguir el Toisón de Oro. Sólo la fama, como oráculo celebrante del enlace entre Leopoldo y Margarita, lograría detener el combate exhortando a cada uno de los elementos a festejar el connubio de tan importantes señores; pues los cuatro, cual símbolos de las cuatro partes del mundo, eran necesarios para tal evento. Agua, tierra, aire y fuego, figurados con tramoyas y engaños sensoriales, representaban la monarquía universal augurada por la unión de emperador y emperatriz.

Margarita tuvo singular cabida en el sublime espectáculo. Uno de los cuatro carros preparados para la ocasión era portador de una concha plateada, dentro

¹⁰⁴ Princesas “extranjerías” como trofeo: J. M. PERCEVAL: “Épouser une princesse étrangère: les mariages espagnols”, en I. POUTRIN & M. K. SHCHAUB (dirs.): *Femmes et pouvoir politique. Les princesses d’Europe XV-XVIII siècle*, París 2007, pp. 65-74.

¹⁰⁵ H. HAIDER-PREGEL: “Das Rossballett im Inneren Burghof zu Wien (Jänner 1667)”, *Maske und Kothurn* 15 (1969), pp. 291-324.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

de la cual aparecía una perla con su efigie: “*La doppa della quale si formara d’una conchiglia d’Argento con una grañidísima perla, nella quale si veda l’effigie della maiesta dell’imperatore sposa*”¹⁰⁶. El baile jugó así con la traducción de su nombre al griego: Perla, símbolo a la vez de la pureza y la concepción¹⁰⁷. De este modo, la perla del Imperio, el carro de Austria y España, la cantarina figura de la Fama y la leyenda de Jasón y el Vellocino de Oro, aureolaron un triunfal matrimonio garante de la futura grandeza de la augustísima casa¹⁰⁸.

Sin duda, el ballet de los caballos fue el homenaje nupcial jamás contemplado con ocasión de otros matrimonios con infantas de la Casa de Austria. La fiesta causó estupor, despertó envidias y suscitó recelos contenidos. Entre los asistentes estuvo cómo no, el conde de Castellar que, en referencia al baile, llegó a comentar al conde de Pötting lo siguiente:

... ahora puedo referir a ve quedar ejecutadas algunas [de las muchas fiestas] y entre ellas el del vailete de a cavallo, [...] deviendo decir a ve que es de las mayores cosas que se pueden hacer en el Mundo, digna del principe que la ha ejecutado y correspondiente al asunto que se ha dirigido, y como dixe al señor emperador me huviera dado embidia como buen español si no se huviera hecho en parte tan propia, por que en mi entender hallo distançia pero no diferencia de la plaza de Viena a la de Madrid: sea mil veces enorabuena el acierto y lucimiento con que se van disponiendo todos estos aplausos y la buena salud con que quedan sus magestades¹⁰⁹.

Al asimilar la plaza de Madrid con la de Viena, el embajador hizo un guiño a la diplomacia arquitectónica que Leopoldo había llevado a cabo para demostrar su firme candidatura al trono español¹¹⁰.

En marzo, el conde continuaba relatando las ansias festivas de Leopoldo, sólo frenadas por la llegada de la cuaresma:

¹⁰⁶ HHStA, Ält Zerem, A, Kt. 8.

¹⁰⁷ La perla se asimilaba al feto, la concha que la contenía al vientre de la mujer. Véase M^a C. DE CARLOS VARONA: “Representar el nacimiento: Imágenes y cultura material de un espacio de sociabilidad femenina en la España Altomoderna”, *Goya* 319-320, nota 33, p. 244.

¹⁰⁸ HHStA, Ält Zerem, A, Kt. 8.

¹⁰⁹ HHStA, Spanien Varia, Kt. 22. 2 de febrero de 1667. Castellar a Pötting, pp. 43-44.

¹¹⁰ J. SCHUMANN: *Die Andere Sonne: Kaiserbild und Medienstrategien im Zeitalter Leopolds I.*, Berlin 2003, p. 200: “...durch die Hochzeitsfeierlichkeiten von 1666 als legitimer Kandidat für das spanische Erbe”.

...y si la cuaresma no hubiera puesto paz a los divertimientos se continuaran según los deseos que asisten al señor emperador de festejar a nuestra Ama, cuió anelo nos deja a todos sumamente gozosos ¹¹¹.

En la misma carta anunciaba que la emperatriz sufría un retraso de algunos días, embarazo confirmado por la condesa de Castellar en la carta de 28 de marzo enviada a la condesa de Pötting: la emperatriz había cumplido dos faltas y había salido a misa:

en silla y sin guardainfante el día de nuestra señora de la encarnación siendo del todo el mas festivo y alegre que podíamos desear en esta corte donde nos allamos con el alborozo que corresponde a esta felicidad... ¹¹².

La alegría de la embajadora no podía ser mayor y no debía ser menor, porque una consorte, reina o emperatriz, sólo quedaba legitimada en su puesto si cumplía con su principal cometido: otorgar herederos a la corona. Además, la maternidad de un “ama” proporcionaba poder e influencia a los miembros de su servicio, de ahí la tamaña felicidad que embargaba a los embajadores españoles al anunciar la noticia, porque sin duda el embarazo otorgaría prestigio y deferencia a toda su Casa. Su esposo hizo lo propio escribiendo en la misma posta; Castellar volvió a enumerar los detalles de la salida de la emperatriz:

sin guardainfante y ballenas, habiendo salido en silla a san Agustín a la fiesta de la encarnación cuya demostración alegro justamente a toda esta ciudad, al yqual de lo que mereze lo importante de su zerteza, y reconociendo que materias de esta calidad se deven adelantar a toda diligencia ¹¹³.

La reiterativa descripción aportada por el matrimonio de embajadores trataba de expresar el aura de devoción y *Pietas* austriaca del que la emperatriz se había rodeado el día en que había hecho pública su gestación. La acertada puesta en escena de la anunciación del primer embarazo, bien merecía el aplauso de la corte de Madrid y la admiración de los diplomáticos españoles. Margarita había elegido el día de la festividad de la Concepción de la Virgen, una de las nueve fiestas que las reinas Habsburgo conmemoraban con especial devoción a lo largo de sus embarazos ¹¹⁴, para significar su triunfo. La virgen María era la intercesora divina en los

¹¹¹ HHStA, Spanien Varia, 22. Castellar a Pötting, 3 de marzo de 1667.

¹¹² *Ibidem*. Condesa de Castellar a la condesa de Pötting, 28 de marzo de 1667.

¹¹³ *Ibidem*. Castellar a Pötting, 30 de marzo de 1667.

¹¹⁴ Sobre el culto a la Virgen en los embarazos de las reinas, M^a C. DE CARLOS VARONA: “Entre el riesgo y la necesidad...”, *op. cit.*, pp. 263-290.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

avatares y menesteres del trance de la maternidad, por lo que bajo su advocación se puso la emperatriz aquella mañana, en la que anunció su “expectación” con interesantes recursos visuales: sentada en silla para evitar el traqueteo de la carroza y sin guardainfante para lucir su poco abultado vientre, pues aquella prenda disimulaba con no poca maestría los embarazos que la Reina de los Cielos debía proteger. Así, cual Virgen concebida, cual Virgen esperanzada y delatada por su vestido, la orgullosa Margarita, con barroco ingenio, mostró a sus súbditos su estado de buena esperanza.

En las fuentes se multiplican las muestras de amor entre los esposos a partir de la notificación de la gran noticia. Los contemporáneos no escaparon a esta expresión documental del “amor” que supuestamente unía a ambos y destacaron especialmente la inclinación de Leopoldo hacia Margarita. Sin embargo, los códigos del amor en la época no eran los mismos que los actuales. “Amor” y “temor” eran cláusulas que implicaban el respeto y obediencia y que, en última instancia, remitían al poder. Por lo que al estudiar el renombrado acercamiento entre los esposos, se debe atender a un amor interesado, fingido y necesario según la lógica de la apariencia barroca. Los reales cónyuges estaban abocados a representar su rol político a través de las fórmulas amatorias tantas veces citadas por los cortesanos, testigos de las mismas ¹¹⁵.

Los historiadores-novelistas del siglo XIX y aún del siglo XX, interpretando la documentación sin considerar el complejo lenguaje del amor de un matrimonio entre monarcas del siglo XVII, consideraron tales muestras de cariño como pruebas de verdaderos e íntimos sentimientos más propios de la conyugalidad burguesa que de la representación barroca del poder. El marqués de Villaurrutia, en su obra de 1905, hizo de la pasión la tónica de la relación entre Leopoldo y Margarita, a la que el emperador habría amado “con excesivo ardor” ¹¹⁶. Gladys Taylor, en 1954 y bebiendo de la misma historiografía, dedicó uno de los capítulos de su novelada biografía de Margarita al *imperial romance* protagonizado por sendos esposos, como si la historia del matrimonio de un relato romántico se tratase. La romántica leyenda se presenta en el episodio de la recogida de las violetas ¹¹⁷: en

¹¹⁵ M^a J. RODRÍGUEZ SALGADO: “«Una perfecta princesa». Casa y vida de la reina Isabel de Valois (1559-1658). Segunda parte”, *Cuadernos de Historia Moderna* 28 (2003), p. 83.

¹¹⁶ MARQUÉS DE VILLAUURUTIA: *Relaciones de España y Austria...*, *op. cit.*, p. 84.

¹¹⁷ G. TAYLOR: *The Little Infanta*, London 1960, pp. 106-107. Agradezco a Rocío Martínez López el haberme dado a conocer esta obra.

la primavera de 1667, cuando la joven emperatriz estaba esperando su primer hijo, Leopoldo se habría ofrecido a traerle la primera violeta de la estación que –según el verbo popular– correspondía a la mujer más bella del Imperio. Cumpliría su promesa y desde ese momento, los dos, encantados el uno con el otro, pasarían el tiempo juntos. Leopoldo nunca se separaría de Margarita, a la que había hecho el honor de aprender el castellano. El aroma legendario es evidente. Pero ¿qué significado encierra esta historia? Era cierto que el emperador se había ilustrado en la lengua española antes de la llegada de su augusta esposa ¹¹⁸, aunque ello no quiere decir que estuviera enamorado de ella en el sentido literal del término, porque, como se ha explicado, el amor tantas veces mencionado en la documentación de la época alude nada más y nada menos que a unas formas de conducta y representación que debía guardar el matrimonio imperial para demostrar la buena y satisfactoria unión política de España y Austria. De modo que si Leopoldo se mostró galante y condescendiente con su esposa en aquella primavera de 1667, ello se debió en primer lugar a la importante necesidad de proyectar su fidelidad política a la Monarquía hispánica y, en segundo lugar, a la circunstancia del embarazo de la emperatriz, por el que debía mostrar su más profundo cuidado: la sucesión de su imperial Casa era asunto de vital importancia en el marco político de su Estado. “Amor político” es el significado que encierra la leyenda del “enamoramiento” de un emperador desesperado por encontrar la primera violeta de la primavera, con el fin de complacer a su bellísima y amantísima esposa.

Leopoldo I no dejó de articular el amor cual emblema de unión política favorable. La representación de comedias fue una de sus demostraciones “amorosas” más significativas. Como representativo ejemplo valga la función teatral celebrada el 25 de abril de 1667 ¹¹⁹, una deferencia a la emperatriz que le proporcionaría un heredero. Aquel día se cumplía el primer aniversario de la boda por poderes. La representación fue comisionada por José Cardona, hijo de la camarera mayor y

¹¹⁸ D. MESSNER: *La cultura española en la corte de Viena alrededor de 1700; El primer diccionario bilingüe español-alemán; Viena como lugar de impresión de libros españoles; Los manuales de español impresos en Viena*, descargables en: <http://www.sbg.ac.at/rom/people/prof/messner/messner.htm>

¹¹⁹ M. DE LOS REYES PEÑA: “Relaciones teatrales durante el reinado de Leopoldo I y Margarita de Austria (1663-1673)”, en J. M^a Díez Borque & K. Rudolf (eds.): *Barroco español y austriaco: Fiesta y teatro en la corte de los Habsburgo y los Austrias*, Madrid 1994, pp. 59-66. Agradezco profundamente a la autora el haberme enviado este artículo.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

gentilhombre del emperador, y en el desarrollo de la misma participó la Casa española. Precedió a la comedia una loa y un romance cantado que alabó la belleza física de Margarita (la belleza en el lenguaje barroco, siguiendo la ecuación platónica: belleza igual a bondad, era metáfora de nobleza y alta alcurnia) y felicitó a sus majestades imperiales por su próxima descendencia. La comedia que siguió a las felicitaciones y alabanzas titulada *Victorias del amor contra el desdén en el más amado y aborrecido* era una comedia de Calderón adaptada a las particulares circunstancias de la corte imperial¹²⁰, en la que dos de sus protagonistas, como afirma Mercedes de los Reyes Peña, podían identificarse con la emperatriz Margarita: Irene, la infanta de Gnido, y Aminta, la infanta de Chipre¹²¹. Los estudios de Thomas Austin O’Connor han demostrando la profunda asimilación de los personajes femeninos de algunas comedias de Calderón con las infantas María Teresa y Margarita. Los destinos de las infantas se asociarían al de las heroínas ideadas por el poeta, destinadas a contraer matrimonios en pos de la paz y prosperidad de sus reinos. La resignación y la conformidad se habrían presentado como las actitudes a cultivar por las aleccionadas princesas¹²². Semejante paralelismo entre actores caracterizados y real público, se percibía en las tramas de las comedias profundamente imbricadas en el contexto político de rivalidades sucesorias¹²³ y vigilias imperiales. Y, en última instancia, el sugestivo título bien podría festejar el triunfo de un emperador, el más amado, que había sufrido el desdén de la perla sucesoria de la Monarquía.

Los regocijos por el estado de buena esperanza de la emperatriz, reseñados en la loa de *Las Victorias del amor contra el desdén*, fueron compartidos por María Teresa de Francia, hermana de la emperatriz, pero no por Luis XIV, ocupado en otros menesteres tales como la invasión de los Países Bajos españoles bajo el argumento de validar los llamados derechos de devolución de su esposa y el primer paso para el reconocimiento universal de su legitimidad sucesoria que

¹²⁰ M. DE LOS REYES PEÑA: “Una fiesta teatral española en la corte de Viena (1667)”, en *En torno al teatro del siglo de Oro. Actas de las jornadas IX-X celebradas en Almería*, Almería 1995, pp. 204-205.

¹²¹ *Ibidem*, p. 207.

¹²² T. A. O’CONNOR: “Infantas, conformidad and Marriages of State: Observations on the Loa to Calderon’s: *La púrpura de la rosa*”, *Bulletin of Hispanic Studies* LXX/I (1993): *The Comedia in the Age of Calderón. Studies in Honour of Albert Sloman*, p. 183.

¹²³ M. DE LOS REYES PEÑA: “Una fiesta teatral española...”, *op. cit.*, nota 42, p. 207.

tanto perturbaba el sueño del emperador ¹²⁴. El monarca francés tampoco minusvaloraba el potencial de la emperatriz, por lo que la noticia de su embarazo no debió reportarle demasiadas alegrías, tal y como justifican los robos de correspondencia imperial, frecuentes, por otra parte, entre potencias rivales. El 27 de abril el conde de Castellar acusó el entorpecimiento francés de la circulación de postas en esas fechas: “Aunque se debe estrañar el desacato de la Aduana de París en la detencion de los pliegos de S. M. C.”, “creo los havra recibido ve y reconocido mas por estenso lo ostentoso, vizarro y real de las fiestas que se hizieron en que todas las relaciones andaran cortas” ¹²⁵. El mismo día en el que Castellar acusaba aquel ataque, el padre confesor Juan de Molinos escribía a Pötting manifestando su temor por el rompimiento con Francia y resaltando el amor que se profesaban las majestades cesáreas, cuya imagen tendría en la mente tras haber contemplado la obra teatral celebrada días atrás; decía el confesor:

... asi se atreven algunos a hablar con menos decençia añadiendo que el rey de Francia rompera sin duda por Flandes, Dios a de ser nuestra defensa pues la justicia nos acompaña. Por aca ay mucha paz y los españoles representaron estos dias dos comedias a sus majestades con asistencia de toda la corte, y el señor emperador se dio por servido manifestando todo gusto en que la señora emperatriz se divierta, allanse los dos esposos muy queridos y conformes de que nos podemos prometer dilatada sucesión para amparo de la cristiandad ¹²⁶.

Confesor y embajador insistían en la buena armonía que existía entre los esposos mientras los tambores de guerra resonaban en Europa.

El 3 de mayo, poco antes de que Luis XIV invadiera Flandes, la emperatriz Margarita envió una carta a María Teresa comunicándole que se encontraba bien. La reina de Francia le respondió el 1 de junio –cuando la guerra ya estaba avanzada– deseándole un hijo varón ¹²⁷; ni rastro del asunto bélico en las líneas intercambiadas entre las dos hermanas, que parecían demasiado preocupadas por la salud de sus vástagos, presentes o futuros.

¹²⁴ Detrás de los derechos de devolución se escondía el deseo de significar otros derechos más ambiciosos: los sucesorios.

¹²⁵ HHStA, Spanien Varia, Kt 22. Castellar a Pötting, 27 de abril de 1667.

¹²⁶ *Ibidem*. Padre Molino a Pötting, 27 de abril de 1667, p. 85.

¹²⁷ Carta citada por J. CHEVÉ: *Marie-Thérèse d'Autriche. Épouse de Louis XIV*, Paris 2008, p. 291.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

La Monarquía hispánica volvió su mirada al emperador en busca de apoyo logístico y militar para combatir las tropas de Luis XIV en los Países Bajos. Mariana de Austria confiaba en los vínculos de sangre que le unían con Leopoldo I para resolver una contienda que venía a sembrar de inestabilidad la ya de por sí inestable regencia. El emperador trató de contrarrestar sus evasivas con la continuación de las festividades en honor a la “esperanzada” emperatriz y esperaba al nacimiento del archiduque para declarar abiertamente su negativa a apoyar a la Monarquía española en la guerra. Luis XIV estaba haciendo gala de un potencial militar nada desdeñable que habría que considerar ante la crisis sucesoria de la Monarquía hispánica. El rival del Imperio, ahora enemigo de la Regencia, se hacía temible y quizás invencible; por ello, la prudencia, la neutralidad y la fiesta fueron las respuestas de Leopoldo a las peticiones de socorro que su hermana le hizo en el verano de 1667. Las noticias de Castellar desde el Imperio sólo reflejarían la alegría por la espera de Margarita: Pötting recibió una carta del embajador español en la que éste afirmaba que la emperatriz había sentido a la criatura, lo que le provocaba gran “alborozo”¹²⁸. El doce de julio, Leopoldo celebró el cumpleaños de Margarita con gran pompa e hizo enviar la memoria de los festejos a la corte de Madrid; trató así de calmar los ánimos de doña Mariana que a través de aquellas demostraciones de “amor” y fidelidad a su hija favorita podría comprobar la particular lealtad del Imperio.

El 28 de septiembre nació Fernando Wenceslao¹²⁹. La maternidad consolidó a Margarita en la corte de Viena. El conde de Castellar mandó una posta urgente para comunicar al embajador del Imperio en Madrid que el nacimiento del archiduque había acontecido a las ocho de la tarde. La noticia bien valía mandar a un gentilhombre con prisa¹³⁰. Tres días después, Leopoldo, sintiéndose libre para “traicionar” a la Monarquía de su hermana, manifestó su deseo de mantenerse neutral en el conflicto de Flandes. El juicio del embajador español no tardó en llegar en forma de un amargo conformismo:

en esta ocasión no saca la espada, no rompe con Francia y no socorre a Flandes encareciendo los motivos que tiene para ello y el extremo peligro en que se hallan aquellos estados de Flandes¹³¹;

¹²⁸ HHStA. Spanien Varia, Kt. 22. Castellar a Pötting, 6 de julio de 1667, p. 103.

¹²⁹ HHStA, Ält. Zerem, A, Kt. 8, pp. 53-71. Nacimiento de Wenceslao.

¹³⁰ *Ibidem*, p. 132.

¹³¹ Castellar a Pötting, HHStA, Spanien Varia. 1 de octubre de 1667.

Castellar continuaba desgranando su justificación con la falta de medios, los problemas con los turcos y la rebeldía de los húngaros.

Como no podía ser de otra manera, el “amor” hacia su esposa aumentó tras el nacimiento del heredero. La documentación brinda renovados testimonios de la amistad que unía al matrimonio imperial¹³². “*Che la Maestà dell’Imperatore per esser buon Amico dell’Imperatrice sarebbe anco contento*”¹³³: Un delegado de la embajada moscovita que visitó la corte el 17 de noviembre pronunció aquellas palabras en una discusión entablada con otro delegado en torno a la posibilidad de que la emperatriz les donase una mujer española sin despertar los recelos del emperador, seguramente proclive a ofrecerles una dama alemana. Aquella apreciación del cariño que unía a los esposos en los asuntos de sus Casas, plasmada por los plenipotenciarios extranjeros, quizás reflejara la esperanza que éstos guardaban, de que la buena connivencia de los emperadores trascendiera los límites de lo doméstico y favoreciera su más “universal” negociado. Conjeturablemente, los delegados no pasaron por alto, en este análisis de los vínculos que unían a sus anfitriones, la descripción de la emperatriz. Margarita les recibió en audiencia y los de Moscovia hallaron en su semblante la extraña combinación de juicio y juventud: “*La Maestà dell’Imperatrice e giovini d’Anni ma e vechia di giudicio e bisogna credere ch’habbi havuto buoni Maestri*”¹³⁴; a tal coincidencia de pocos años y sabiduría extrema, trataron dar una explicación atribuyendo al emperador todos los méritos. Él habría sido su principal instructor: “*È ben vero tutto, [...] mà bisogna in común confessar ancora quisto, ch’alla saviezza d’una Donna aiuti Molto il savio Marito*”¹³⁵. Pero no instruiría Leopoldo a su esposa en las funciones más prácticas del gobierno, ni en la majestad de los gestos, aprendida en la corte de Madrid; sus lecciones se reducirían a moldear su poderosa imagen, que los diplomáticos moscovitas creyeron ver recortada en una aureola de sabia prudencia.

Los fastos por el nacimiento de Wenceslao, que culminaron con la construcción de una columna votiva a la Inmaculada Concepción presentada el 8 de diciembre¹³⁶, enmascararon una situación política que preveía un acercamiento a

¹³² “*Leopold was deeply moved by the arrival of an heir, and his love went out more and more to his kleine Frau who had fulfilled his dearest hope*” (G. TAYLOR: *The Little Infanta*, op. cit., p. 109).

¹³³ HHStA, Ält. Zerem., A, Kt. 8/132.

¹³⁴ *Ibidem*.

¹³⁵ *Ibidem*.

¹³⁶ G. GUALDO PRIORATO: *Admirables efectos de la providencia...*, op. cit., I, p. 186.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

la Monarquía francesa. Gremonville, embajador de Francia en Viena, había conseguido el apoyo de Auersperg para la firma de un tratado secreto de partición entre el Imperio y Luis XIV que garantizaría el reparto de la herencia española en caso del fallecimiento de Carlos II. El ministro austriaco ansiaba conseguir, mediante este negociado, un Capelo cardenalicio que la Monarquía francesa comisionaría en pago a sus esfuerzos diplomáticos de convicción de las conciencias imperiales ¹³⁷. Días antes de la firma del documento, había llegado a la corte imperial el delegado francés Guiltry. Su sonado recibimiento en Viena suscitó agrias críticas en Madrid, acrecentadas al llegar la noticia de que el pequeño Archiduque había sido presentado al plenipotenciario francés. Mariana de Austria juzgó aquella atención prestada fuera de lugar, en unos tiempos en los que la Monarquía francesa estaba en guerra con su hijo; aún y todo, desconocía la regente que su hermano estaba a punto de estampar su firma en un papel que sentenciaría el reparto de la monarquía de Carlos II. Un motivo más para Leopoldo fue la inesperada muerte del pequeño Wenceslao ¹³⁸: el 13 de enero entregaba su corta vida. Cinco días después, el “secretísimo tratado” estaba firmado: en él se reconocía explícitamente el derecho de María Teresa a la herencia española, se traicionaba el testamento de Felipe IV y se descubría la Razón de Estado del “enamorado” Leopoldo que, al ver a su heredero en el lecho de muerte, pensaría en la necesidad de acelerar la tramitación del negociado. Según las cláusulas estipuladas, en caso de que Carlos II muriera sin herederos, Luis XIV heredaría los Países Bajos, el Franco Condado, las Filipinas, Rosas, Navarra, Nápoles, Sicilia y las posesiones africanas; Leopoldo a cambio recibiría el resto de los territorios de la Monarquía hispánica.

Secretos de Polichinela eran aquellos tratados firmados con alardes de disimulo. Y es que en la Europa donde el espionaje estaba bendecido por las embajadas,

¹³⁷ Auersperg pretendía acceder al puesto de primer ministro a través de la concesión del capelo cardenalicio que solo podía conseguir por medio de Luis XIV. El monarca francés no apoyó la candidatura de Auersperg, prefiriendo solicitar la promoción para el sobrino de Turenne (J. BÉRENGUER: “La supresión del ministro-favorito, o el crepúsculo de un modelo político: el caso austriaco”, en J. ELLIOTT & L. BROCKLISS (eds.): *El mundo de los validos*, Madrid 1999, p. 375). Aunque Mignet transcribe la carta que Louis XIV escribió al Papa a favor del cardenalato de Auersperg: Lettre de Louis XIV au pape Clément IX, Saint Germain, 27 de mayo de 1668, en MIGNET: *Négotiations...*, partie IV, Section III, p. 379.

¹³⁸ Había nacido el 28 de septiembre de 1667. E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, I, p. 332. Y según el diario había muerto el 12 de enero. Véase *Ibidem*, 21 de febrero de 1668, p. 358.

nada podía encubrirse por demasiado tiempo. La noticia de tratado de reparto, juzgada como traición imperial, llegó a Madrid poco después. Hacía ya unos meses que Castellar venía advirtiendo del soborno al que habían sido sometidos algunos ministros imperiales por Gremonville; aquellos informes no gustaron al emperador, que dio por comenzado el desentendimiento con el embajador español atreviéndose a pedir su relevo a Mariana de Austria¹³⁹. El conde de Pötting no supo cómo acallar las críticas a su Amo llegadas desde la corte de Madrid. Pareció castigo divino el incendio que aconteció en el *Hofburg* pocos días después de la signatura del tratado. De las llamas, la emperatriz viuda recuperó una reliquia del *lignum crucis*¹⁴⁰. El “milagro” consoló a doña Leonor, que mandó fundar la orden femenina de la Santa Cruz; Leopoldo, sin embargo, no quedaría tan “reconfortado”, pues no pudo resistir las presiones recibidas desde Madrid: los ministros españoles afectos a su persona mostraron su disgusto por la firma de un tratado que contravenía las muestras de “amor y fidelidad” demostradas hasta entonces; demostraciones que mucho tenían que ver con las atenciones festivas a la emperatriz Margarita. De tal modo acogió las críticas el emperador, que en mayo (pasado el disgusto del incendio y las salvadas de alegría por la recuperación del *lignum crucis* que envalentonó los ánimos piadosos de la augustísima Casa) decidió desmarcarse de la órbita francesa. El acercamiento de Francia a Inglaterra, uno de los principales artífices de la Tripe Alianza, fue un motivo más para que el primer tratado de partición hiciera aguas. Las paces de Aquisgrán pusieron fin a la Guerra de Devolución, “devolviendo”, aunque por un corto espacio de tiempo, la calma a Europa.

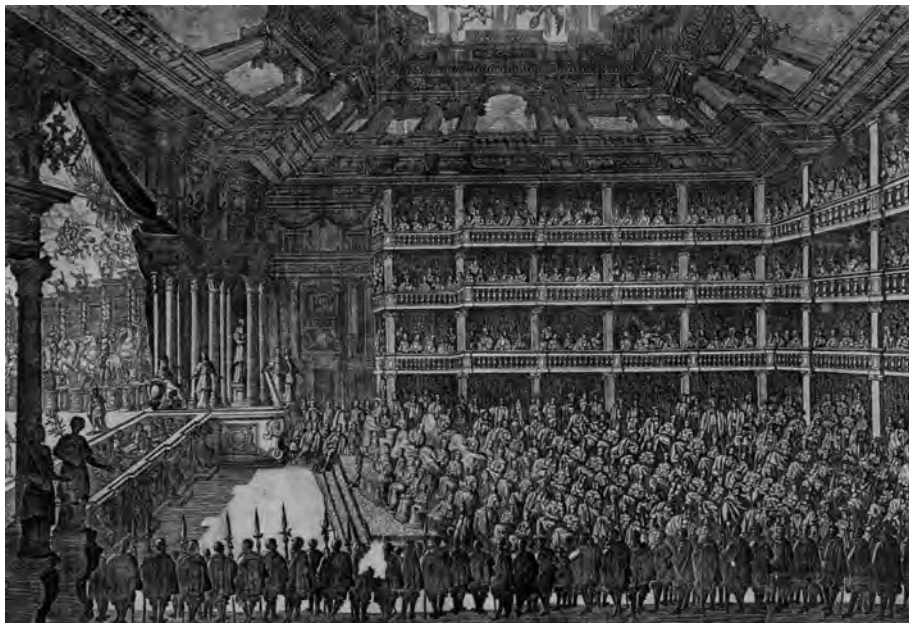
Luis XIV, no obstante, no cesaría en su empeño de procurarse la neutralidad del Imperio en sus próximas maniobras¹⁴¹. Ya en la primavera de 1668 proyectaba la invasión de Holanda, guerra que se materializaría en 1672. El círculo de neutralidad para tener las manos libres en tal contienda bélica se empezó a construir aquel año, pero llevaría su tiempo... Mientras, Leopoldo trataría de restaurar la confianza de la regente demostrando una vez más su particular “amor” por Margarita. Aquella ocasión llegó con motivo de su cumpleaños el

¹³⁹ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, I, p. 354.

¹⁴⁰ J. DUINDAM: *Viena y Versalles: las cortes de los rivales dinásticos europeos entre 1550 y 1780*, Madrid 2009, p. 216.

¹⁴¹ Lettre de Louis XIV au chevalier de Gremonville, du 17 juin 1668, Correspondance d'Autriche, vol. XXX, citado por MIGNET: *Négotiations...*, Partie IV, Section III, p. 380.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...



La manzana de oro, Grabado
(BNE, R/19783)

12 de julio de 1668: fue este el acontecimiento elegido para inaugurar el recién terminado *Theater auf der Cortina*, cuya construcción se había iniciado a principios de 1666. La ópera que tuvo el honor de llenar el privilegiado espacio teatral, *Il Pomo di Oro*, se ideó como máxima celebración de la belleza encarnada en la figura de la emperatriz.

El libreto fue traducido al castellano y enviado a la corte de Mariana de Austria junto a los grabados que ilustraban todas las escenografías diseñadas por Burnacini ¹⁴². La representación fue una apoteósica culminación de los festejos nupciales: la desmesura se apoderó del escenario para relatar la historia del Juicio de Paris, cuyo final fue adaptado a las necesidades propagandísticas del Imperio. La trama relataba la disputa de la manzana de oro por las tres diosas del Olimpo aspirantes al título de la más bella: Venus, Juno y Palas. Las riñas desencadenadas

¹⁴² En la BNE se conserva un ejemplar en castellano de *Il Pomo di Oro*: R/19783. Véase también E. MERINO: “Los diseños escenográficos de Burnacini para *Il Pomo d’Oro* de Cesti y Sbarra, en la Biblioteca Nacional de Madrid”, *Anales de Historia del Arte* 18 (2008), pp. 141-166.

por la posesión del preciado objeto eran finalmente apaciguadas por Júpiter, cuya suprema sabiduría determinaba dar la manzana a la más bella, prudente y amada heroína de todos los tiempos: la emperatriz Margarita:

El dice que quiere hazerlas a todas contentas y satisfechas [a las tres diosas] reservando esta manzana de oro a la mayor princesa que jamas se espere nacer del mundo hija y esposa de los mayores monarcas de la tierra, la mas bella y sabia de quantas pueda aver, en la cual viendo unidas las glorias de Juno por la grandeza de su sangre y de los estados, las prendas de Venus por su hermosura y las prerrogativas de Palas por su grande Ingenio, podra cada una de estas tres Diosas gloriarse de aver conseguido la manzana de Oro: Por eso manda al aguila que la guarde para darsela a esta grande Heroína cuando elegida para fecundar de Augustisimos heroes la mas gloriosa prosapia del Universo se verá unida a la grande aguila imperial. Dicho esto, Jupiter abre los mas guardados [...] del Hado donde entre las Ideas de todos los emperadores, Reyes y otros principes de la augustisima casa de Austria se ven las imagenes de S. M. C. y de la emperatriz Margarita con numeroso acompañamiento de los augustisimos sucesores ¹⁴³.

La emperatriz, vistiendo su guardainfante, fue espectadora y actriz a un tiempo de la grandiosa exhibición, pues al final de la obra su imagen se proyectó en el escenario como si un espejo hubiera captado su reflejo, una ilusión visual que podría haberse convertido en realidad dada la privilegiada situación desde la que atendía a la representación: en el centro del teatro, sentada entre el emperador y la emperatriz viuda, en el justo lugar donde convergían todos los puntos de fuga y todas las miradas de actores y público ¹⁴⁴. ¿Podía recibir Margarita más grandioso homenaje en los tiempos de mayor desafección de la Monarquía española hacia el Imperio?

Pocos días después de la celebración de la gran ópera, Castellar anunció al conde de Pötting el nuevo embarazo de la emperatriz ¹⁴⁵.

¹⁴³ F. SBARRA: *La Manzana de oro: comedia famosa en las bodas del Emperador Leopoldo, y de la Emperatriz Margarita*, Viena 1668 (BNE, R/19783).

¹⁴⁴ Véase grabado en el impreso citado de la Biblioteca Nacional.

¹⁴⁵ HHStA, Spanien Varia, Kt. 22. Castellar a Pötting, 17 de julio de 1668.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

POBREZA Y PRESTIGIO:

LA CASA ESPAÑOLA EN EL HOFBURG

El 18 de enero de 1669 la emperatriz dio a luz a la archiduquesa María Antonia; la madrina fue Mariana de Austria, su abuela, que por aquel entonces lidiaba con las críticas internas a su gobierno. Envío la regente muchos regalos a la recién nacida y la alegría por el nacimiento de la pequeña archiduquesa hizo olvidar por unos instantes a la Casa española que servía a la emperatriz en Viena sus problemas internos, de índole ceremonial a la par que económica ¹⁴⁶. Poco duraría la alegría porque aquel año que tan felizmente había inaugurado la emperatriz Margarita con una hija, sus criados sufrirían los avatares del desprestigio, la miseria y el descalabro ceremonial, caos que algunos servidores de una dividida Casa española aprovecharían para jugar sus bazas en el mercado cortesano que el *Hofburg* leopoldino ofrecía.

Fue a finales de ese año de 1669 cuando la condesa de Eril, la indignada camarera mayor, presentó un memorial al emperador suplicando que acabara con el desorden ceremonial que reinaba en la Casa de la emperatriz, y solicitando se aceptase su dimisión. Las agrias peticiones de la principal responsable de la cámara de Margarita coincidieron con el recrudecimiento de las luchas intestinas dentro de la misma. En los tres primeros años de estancia de la emperatriz en Viena, varios factores contribuyeron a disgregar la Casa española que, fiel a sus costumbres, había tenido que adaptarse a la laxitud ¹⁴⁷ imperante en el ceremonial vienés y a los efectos que el desarraigo tenía en las personalidades de algunas camaristas. El oportunismo generado con la pérdida de poder de la camarera mayor, que tan fuerte y gallarda parecía en su corte de origen y que en la adoptiva debía enfrentarse a feroces críticas y miles de imposiciones, se unió a la crisis económica de la una Casa española olvidada por la regente en Madrid.

Las camareras mayores, llegadas de una corte donde el rígido ceremonial imponía sus normas, trataban de controlarlo todo; pero en el estrenado escenario sus propósitos iniciales se desbordaban. La adaptación a una nueva corte y etiquetas, que no siempre las camaristas estaban en disposición de asumir, era har- to complicada. Ante tales situaciones era lógico que la cámara de una emperatriz,

¹⁴⁶ AHN, Estado, leg. 2661.

¹⁴⁷ J. DUINDAM: *Viena y Versalles...*, *op. cit.*, p. 319.

que llegaba unida a su destino, se desgajara: porque si en principio intentaban mantener su corpus invicto y cerrado, a base de reproducir e imponer sus costumbres y formas de representación, pronto, las damas más agudas, ingeniosas, “finas” y ambiciosas, aprovechaban las fisuras que se producían —bien por el descontento, bien por el “limitado aparato de gestión del ceremonial Habsburgo”¹⁴⁸— y comenzaban a jugar sus bazas, tratando de sacar rédito político a la predecible disminución de poderes de la camarera mayor. Sin duda, la debilidad del principal cargo femenino de la Casa sacaba a la luz las distintas aspiraciones de unas preocupadas por engrandecer sus *cursus honorum*, que podían coronar con matrimonios ventajosos u otras prebendas y mercedes. Semejante esquema se desarrollaría en la corte de Viena: la compacta célula que salió de Madrid en forma de cámara de la emperatriz se disgregaría al calor de las disputas cortesanas, los problemas internos y externos, las ambiciones personales —que encontraron un caldo de cultivo favorable en el *Hofburg*—, y las rigideces de la camarera mayor, que siempre llegaban a ser irritantes para los cortesanos oriundos, pero que entonces acabaron por molestar a los propios criados españoles. ¿Cómo se llegó a tal situación que demostraría la pusilanimidad de la emperatriz en los asuntos de su Casa y podría de manifiesto la debilidad política de la Regencia, incapaz de poner orden entre sus criados?

Componían la cámara de la emperatriz la condesa de Eril, mujer que a la altura de 1666 había superado la cincuentena, era de baja estatura y muy morena. A juzgar por su prolija correspondencia y los testimonios del emperador, en su enjuto cuerpo se condensaban un genio inusual, orgullo y atrevimientos reseñables, así como una mente despierta e inquieta; la condesa era igualmente muy escrupulosa en el ceremonial —rasgo común de las camareras mayores— y quizás por ello no gozaba de las plenas simpatías de su señora, la joven emperatriz. Le seguía la señora de honor, doña Ana Baltasara, marquesa de Lanzarote, hermana de don Álvaro de Bazán de unos 35 años, mujer más cercana a Margarita, ejercía de contrapeso a las rigideces de la camarera mayor que en más de una ocasión la contemplaría con recelo, cual ilegítima rival en la dinámica protocolaria. El puesto de guarda mayor lo ocupaba doña Leonor Fajardo, antigua camarista de doña Mariana. Entre las damas se encontraban: María Razano, doña Ana María de Toledo, María Cristina de Monroy y Melchora Zapata.

¹⁴⁸ J. DUINDAM: *Viena y Versalles...*, op. cit., p. 297.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

Catalina Bustos ejercía de azafata ¹⁴⁹. Todas ellas habían sido elegidas en Madrid por su fidelidad al partido imperial y todas intentaron en Viena superar con dignidad las pruebas de la vida cortesana. En 1668, la dama Cristina de Monroy logró casarse con el gobernador de Graz Jorge Cristian, en unos momentos en los que la real hacienda de Mariana de Austria, que debía correr con los cuantiosos gastos de la boda, no disfrutaba de holguras; no volvió a repetirse otro matrimonio mixto: el empeñamiento en conservar costumbres culturales ¹⁵⁰ y privilegios ceremoniales podría haber sido una de las causas por las cuales ningún noble extranjero se interesó en ellas, exceptuando, si se da credibilidad a las crónicas, a los delegados moscovitas que visitaron al emperador en 1667 y que manifestaron su interés por las capacidades procreativas de las damas, fueran éstas alemanas o españolas ¹⁵¹.

Las situaciones embarazosas comenzaron a sucederse el calor de la falta de subsidios. El orgullo de las criadas se tropezó con estos inconvenientes económicos, graves y persistentes, que minaron el prestigio y la credibilidad no sólo de la Casa española, sino de la Monarquía a la cual representaban; sin duda eran el reflejo de la debilidad de una Regencia atacada en el exterior y en el interior. A la Casa española sólo le quedó un arma de poder: el ceremonial, y allí la condesa de Eril intentaría hacerse fuerte levantando un digno muro de protección. Leopoldo se dedicaría a contemplar la evolución de la cámara de la reina, tomándose de vez en cuando licencia para intervenir en los conflictos más peligrosos, como mediador, parte y juez de los mismos.

Fue a principios de 1669 cuando, tras el nacimiento de la archiduquesa María Antonia antes significado, los problemas económicos de la Casa de la emperatriz comenzaron a hacerse patentes. Leopoldo escribió a Pötting recordando

¹⁴⁹ Catalina Bustos, azafata. Murió en Viena en diciembre de 1671. Leopoldo pidió a Madrid una dueña de retrete, una azafata y dos frailes franciscanos para las mujeres de la servidumbre española. Véase MARQUÉS DE VILLAUURUTIA: *Relaciones de España y Austria...*, op. cit., p. 90; A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen. Privatbriefe Kaiser Leopold I. an den Grafen F. E. Pötting. 1662-1673*, vols. 56 y 57, Viena 1903-1904, p. 207.

¹⁵⁰ B. LINDORFER: “Las redes familiares de la aristocracia austriaca y los procesos de transformación cultural entre Madrid y Viena, 1550-1700”, en B. YUN CASALILLA: *Las redes del Imperio: Élite sociales en la articulación de la monarquía hispánica, 1492-1714*, Madrid 2009, pp. 261-288.

¹⁵¹ HHStA, Ält. Zerem., A, Kt. 8/132. 17 de noviembre de 1667.

la urgencia del pago de los atrasos¹⁵²: las remesas que debían llegar no llegaban y la servidumbre se impacientaba. Días más tarde, comunicaba las pocas esperanzas que la Casa española tenía de recibir el dinero¹⁵³, y la lástima que sentía por aquellas “*quattro povere done*”¹⁵⁴. Las presiones por las remesas demoradas aumentaban al ritmo que disminuía la consideración de la Casa: cada vez más pobres, las camaristas de la emperatriz además de dar lástima al emperador, despertaban las risas entre los cortesanos alemanes y nada era más cierto que aquello, porque las dignas representantes de la emperatriz se habían convertido en el hazmerreír de todos: “la gente se ríe de ellos” suscribió el emperador el 14 de agosto, añadiendo: “¡lo que podían sufrir esos pobres diablos y diabras!”¹⁵⁵.

Los criados españoles buscaron la causa de su desgracia en su propia Monarquía: acaso Mariana de Austria les castigaba porque el emperador no había acudido al socorro de Flandes. Leopoldo dudaba de que aquella fuera la razón por la cual la familia española se encontraba desamparada y exclamaba sarcástico: “*Bone Deus, che bella vendetta*”¹⁵⁶; no obstante no erraban del todo los criados al afirmar que la razón de sus penas era la escasa colaboración del emperador en los Países Bajos, porque detrás del abandono de la camarilla de Eril estaba la agudización de los problemas de una hacienda desangrada por la guerra de Devolución –durante la cual Leopoldo se había declarado neutral– y escasamente aliviada por la firma de las criticadas paces con Portugal en 1668.

El 11 de septiembre, la emperatriz Margarita probó su capacidad e influencia en la corte de Madrid y escribió a su madre explicando el desamparo de sus criados, abandono inexplicable para ella, que se consideraba hija predilecta. Leopoldo daba por bueno que su esposa escribiera a los ministros de la Monarquía con el fin de suplicar la resolución de la precariedad de la Casa española,

¹⁵² A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, op. cit., p. 7. Leopoldo a Pötting, carta 212, Viena, 21 de enero de 1669.

¹⁵³ *Ibidem*, p. 12. Leopoldo a Pötting, carta 214, 13 de febrero de 1669.

¹⁵⁴ “*profanis, e pio bella vittoria certo, lasciare indebitare quattro puevere donne*”. *Ibidem*, p. 45, carta 229. Ebersdorf, 11 de septiembre de 1669.

¹⁵⁵ “*Die Leut lachen dazue, und was können diese arme Teufel und Teufflin darum leiden!*”. *Ibidem*, p. 41. Leopoldo a Pötting, carta 227, Viena, 14 de agosto de 1669.

¹⁵⁶ *Ibidem*, p. 41. Leopoldo a Pötting, carta 227, Viena, 14 de agosto de 1669.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

humillación que le afligía y no poco. Mariana de Austria cayó enferma en octubre y las negociaciones referentes al pago de la corte española quedaron en suspenso; la camarera mayor de la reina, la marquesa de Villanueva de la Valdueza, remitió a la condesa de Eril detallados informes de la salud de su señora. Pötting, que había comentado los pormenores del estado de doña Mariana con la Valdueza: “Hable despacio a la camarera mayor sobre la enfermedad de la reina”¹⁵⁷, recomendó al emperador acudir a la condesa de Eril para obtener más detalles sobre las debilidades de la regente. Obvia decir que si asuntos de semejante trascendencia política como la posible muerte de doña Mariana pasaban por las manos de Eril, era porque esta gozaba de la confianza de la marquesa de la Valdueza, una camarista que a la altura de 1669 había ganado influencia en Madrid gracias a la salida de la corte del padre Nithard¹⁵⁸. A miles de millas de distancia, la condesa de Eril, acusaría –aunque en menor medida que su homóloga madrileña– la expulsión de su enemigo el jesuita, ganando puntos en Viena no sólo como fiel confidente y amiga de la camarera de la regente, sino también como su intermediaria en la corte imperial. Leopoldo estrecharía su lazo de unión con la camarera, que estaba preparando una ofensiva contra sus “minados” privilegios en su ortodoxa concepción del ceremonial.

El 25 de octubre, la carta de la emperatriz llegó a Madrid. La reina se encontraba mucho mejor de sus males y todo parecía augurar que la desesperada y suplicante carta de su hija no quedaría en papel mojado; y –en parte– así fue: la regente consideró que el dinero debía recaudarse de las rentas de Nápoles y Sicilia, ya que en la corte no había dinero para nada más¹⁵⁹. Y mientras en la corte de Madrid se buscaba el modo de hacer llegar las remesas, en la de Viena las luchas fratricidas de la cámara de la emperatriz Margarita acababan con el estallido de la camarera mayor. El motivo: a Álvaro de Bazán, hermano de la marquesa de Lanzarote, le había sido concedida la llave de la cámara, es decir, un puesto de gentilhombre; los mediadores de tal merced habían sido Castellar y su mujer (la embajadora-marquesa enaltecida ante la emperatriz gracias a la pérdida de prestigio de la camarera). La condesa de Eril

¹⁵⁷ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, 16 de octubre de 1669, p. 67.

¹⁵⁸ L. OLIVÁN SANTALIESTRA: “La dama, el aya y la camarera: Perfiles políticos de tres mujeres de la Casa de Mariana de Austria”, en J. MARTÍNEZ MILLÁN y M^a P. MARÇAL LOURENÇO (coords.): *Las Relaciones Discretas...*, *op. cit.*, pp. 1323-1334.

¹⁵⁹ *Ibidem*, nota 91, p. 73.

protestó por tal resolución ¹⁶⁰ al considerar aquel nombramiento “la gota que colmaba el vaso” de sus desgracias, por lo que, con el atrevimiento justo para sacar adelante sus pretensiones, escribió una nota al emperador en la que anunciaba que su hijo renunciaría a su puesto de gentilhombre si Álvaro de Bazán aceptaba la llave de la cámara imperial. No terminaba en ese punto la sentencia: enardecida y agotada por las luchas protocolarias, acompañó su petición con una súplica de licenciamiento porque, en su opinión, nadie le hacía caso, su puesto había sido usurpado y no podía servir como correspondía a la señora emperatriz. Es posible que el trasfondo de sus quejas orientadas a salvaguardar el honor y prestigio de la Casa, no fuera otro que las estrecheces económicas, íntimamente relacionadas con las necesidades de representación.

Las protestas de la condesa no se circunscribieron a los límites de la “civilidad” tal y como relata el mayordomo mayor, primer blanco de la camarera:

El principio del discurso fue truenos y relámpagos, dándome el jabón bravamente y yo a ella razones y quitándoselas según me parecía conveniente y como no es la primera batalla que en Palacio tuve con tocas...,

relató el mayordomo; según su versión, la condesa se quejaba de “quan trabajo le era su oficio, pues le tocava [...] ya con voces ya con obras a mirar por el decoro de palacio...” y quería dejar el puesto, a lo que el mayordomo respondió: “que lo propio de las camareras era reñir y su ayuda de costa muy bien pagada en enemistarse con todos”, que no llevaría tal recado a su Majestad Cesárea porque ella era muy querida por sus señores:

que V. M. [el emperador] y la emperatriz le quería muchísimo y quando está mala de ningún cuidado tenían ellos muy grande por lo que ven que ella les quiere y les sirve que [...] ya muchos bisoños que ella sola era la palaciega mas antigua...;

pareció aplacarse con esas palabras “mostrando mejor humor...”. La camarera, sin embargo, envió al día siguiente una memoria de quejas ¹⁶¹.

El emperador tomaría partido por ella, trataría de calmarla y solucionar el altercado. El día 5 contestó a la condesa diciéndole que consideraba mucho sus servicios y que si había dado a Álvaro de Bazán la llave era porque había tenido que ceder ante el embajador: “por las instancias que le hizo el embaxador sin mirar a

¹⁶⁰ HHStA, Ält. Zerem., A, Kt 8, fols. 219-290.

¹⁶¹ *Ibidem*, p. 240.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

mas que al deseo que tengo a correr bien con la corte de España”. Le pedía que se mantuviera en el puesto de camarera, al que garantizaría su dignidad:

podeis estar muy segura como también que haré os quede el vuestro puesto de Camarera muy entero y incomunicable el respeto y exercitio que os toca por tantas razones.

Al día siguiente la camarera se apresuró a contestar que se resignaría a aceptar el otorgamiento de la llave a Bazán, y que se mantendría en su puesto al servicio de la emperatriz con:

la certidumbre de su palabra real de V. M. de restituir al puesto de camarera todo lo que se le debe para mayor decencia porque con los abusos que ha tres años que disimulo no parece que conviene a su servicio de VM continuarlo ¹⁶².

El 16 de diciembre se publicó la resolución a las dudas y demandas de la camarera. El emperador reafirmó a la condesa en su puesto devolviéndole todas sus prerrogativas porque su intención era que en su imperial palacio “se guard[ara] toda pulicia y decencia y se remedi[aran] los abusos y desórdenes que pu[dieran] averse introducido” ¹⁶³. Ordenaba, en consecuencia, preservar el honor de la camarera mayor, la importancia de su puesto, su relevancia y su distinción con respecto a las demás damas. Las cláusulas quedaron claras:

Que, yendo la camarera mayor sirviendo a la majestad de la emperatriz: sea en palacio o fuera del, quando su majestad entrare en tribunas: la Camarera mayor sola podrá seguir en ellas, quedandose detrás de S. M. y donde no avra tribuna: se le prevendra a la camarera mayor algo apartada de las demas señoras y damas de palacio, un banco cubierto de alfombra, con otra, por el suelo para arrodillarse y sentarse. Y quando concurriere la señora emperatriz viuda: entrara también la camarera mayor de SM en las tribunas: Y lo mismo hará la camarera de las señoras archiduquesas, aviendo sus AA menester de su asistencia, y tendran su lugar detrás de sus majestades y AA; dejando les desocupadas las ventanas en caso que menester. Pero en lugares donde no avra tribunas: el banco prevenido que se ha dicho arriva será solamente para ambas camareras mayores, quando concurrieren; por guardarse les la preeminencia.

Y si uviere algun desposorio en la capilla de palacio: podran a demas de dichas personas, entrar también en la tribuna, la Embajadora de España; y las

¹⁶² HHStA, Ält. Zerem., A, Kt 8. La condesa de Eril al emperador, 6 de diciembre de 1669, p. 236.

¹⁶³ *Ibidem*: Resolución de su majestad cesarea del Emperador nuestro señor sobre algunas dudas y demandas de la camarera mayor, en orden a la observancia de vida en la familia de la majestad de la emperatriz nuestra señora, p. 261.

consortes de ambos mayordomos mayores de sus majestades cesareas por la prerrogativa que es justo dar a ellas, por los puestos de sus maridos. Con que por no ser ancho el lugar desta tribuna: los mas cercanos parientes de los esposos, avran de quedar afuera en las gradas.

En el andar y sentarse, en comedias, banquetes y fiestas de bodas, y otras que les cualesquiera funciones y ocurrencias: se dejara a la embajadora el primer lugar: el otro tocará a las camareras mayores de ambas señoras emperatrices, observandose entre ellas, la mano y orden ajustada; conforme uviere la funcion en los quartos de sus majestades. Despues seguiran todas las princesas, que uviere; aunque sean viudas. Y tras estas, la señora de honor, y Aya de las señoras Archiduquesas, en la forma y según la alternación que se ha dispuesto.

Que las Guardamayores y damas de palacio, caminaran entre si y con las demas Damas de la villa, conforme la orden ya hecha.

Pero, quando no estuviere ally la camarera mayor de la señora Emperatriz viuda, o, alguna Princesa: y que se hallase presente alguna consorte de Consejero de estado de S. M. C.; la Camarera mayor la llevará consigo y la dejará sentar a su lado.

Assi mismo podrá la camarera mayor, especialmente en el campo, entrar en su coche a una y otra princesa o consorte de consejero de estado, conforme se lo mandare la majestad de la señora Emperatriz.

Al salir fuera de palacio, se prevendra un coche, solo para la camarera mayor, Y en el que seguirá yrá la marquesa de Lanzarote con la Guardamayor española, y ocupará el primer lugar por estar ya en posesión de la precedencia. Y con estas dos, se sentará tambien en el mismo coche, la guardamayor alemana, a lo menos al yr por la villa; que en el campo podrá la guardamayor alemana, pareciendoselo assi, ir con las damas de su nacion.

Entre estas dos Guardamayores se observara también esta correspondencia; que, quando la una estuviere ausente; la otra aya de servir la ausencia della, y tener quenta con las damas de ambas naciones; lo qual se notificará a todas.

Desde las seys horas y media de la tarde, hasta que se trayga la vianda: tendran licencia las damas de Palacio, assi españolas, como alemanas, de yr a la antecamara, a hablar y conversar con cavalleros y otros; con que, se haga esto en presencia de ambas Guarda mayores, o con ambas o una de las guarda mugeres, a lo menos una dellas, en publico, y con la devida decencia.

Los papeles y memoriales que se ofrecieren para dar a SM la señora emperatriz: fuera de los, que SM misma se servira de recibir de los mismos suplicantes: no se pondran en sus cesareas manos, sino por las de la camarera mayor, o, por las del mayordomo mayor; ~~Pero con esto no se entiende prohibir al Padre Confesor que presente unos memoriales a SM en cosas espirituales~~

La portería de las damas se avra de abrir en el verano, a las siete de la mañana: y en el ynierno, a las ocho. Y porque las damas van tarde a comer: se cerrará a las tres y media de la tarde; y se bolverá a abrir a las cinco y media, para

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

quando se podrá acudir por lo que necesitaren de la cava, panaderia, cereria y de otros oficios de palacio: y escusar con esto la indecencia de llevar cosas deste genero por las gradas mayores junto a la primer antecamara de S. M.

A la noche se avra de cerrar la porteria quanto antes se pudiere, y luego que los mayordomos de los estados ayan acavado de servir. Pero, quando uviese alguna enferma en el quarto de las damas: la porteria no se cerrara de dia, antes la estará guardando el portero, o, su ayuda.

Y como no está bien, que, fuera de sastres, o zapateros /que vienen ajustar vestidos, o zapatos/ los criados de las damas, y otros, entren tan libremente en el quarto dellas; estará a cargo de los porteros, que acudiendo tales criados: ellos vayan llamar a las criadas de las damas, para que estas recivan los recados junto a la porteria, y los lleven a sus damas.

Tampoco no se permitirá, que alguno de los criados, aunque esté en servicio de sus majestades: vaya al quarto de su ama, por otra via, sino por las porterias ordinarias: y por eso se les prohibirá el pasar por el retrete, y subir, o, bajar por los caracoles, asi mismo se advertirá a la aya que no deje pasar a nadie por su porteria, sino a los que tuvieren licencia: y que se señalen dos tiempos al día, quando se avrá de abrir esta porteria/ pero con la devida circunspección/ para traer leña y lo demas que fuere menester.

Ytem ofreciendose, que las damas desearan hablar con religiosos, mirar alguna cosa por comprar, o aprender lenguas, y instrumentos musicos, que esto se haga en presencia de la Guarda muger de su nacion, y en el quarto de su Guardamayor.

Y lo mismo se observara tambien con las de la camara, según lo hallará convenir la Camarera mayor/Caso, que los Guarda damas, por causa de enfermedad u otro accidente, no pudiesen servir: lo avisaran a a tiempo al mayordomo mayor, para que sustituya, a quien le pareciere de los mas ancianos ayudas de camara, para que el tal sirva el oficio de Guardadamas en el interin Con las de la camara yra un portero de camra. como se ha dispuesto y se está observando.

En quanto a religiosos, que ayan de tener entrada en la camara o pieza de estrado; mandara la majestad de la Emperatriz, a quien se aya de conceder tal licencia la qual no se entiende del Padre confesor que tiene entrada por todo ¹⁶⁴.

Esta restitución de poderes no fue de gusto de los enemigos de Eril, ya que ésta salía claramente beneficiada tanto en el juego de las precedencias como en el de las influencias, ya que a partir de ese momento todos los papeles y memoriales que se quisieren dar a la emperatriz deberían serle entregados (la excepción

¹⁶⁴ HHStA, Ält. Zerem., A, Kt 8: *Resolucion de la M. C. sobre algunas dudas y demandas de la camarera mayor en orden a la observancia debida en la familia de la majestad de la emperatriz.*

del confesor aparece tachada quizás porque de todos era sabido que el padre Molino no comulgaba con los intereses de la camarera). La marquesa de Lanzarote arremetió entonces contra la condesa de Eril, que la amenazó con salir de Viena si continuaba en su puesto de dueña de honor. La camarera podía permitirse el lujo de lanzar aquellas amenazas gracias a los recién recibidos apoyos imperiales y a los siempre poseídos apoyos filiales: su hijo, don José Cardona, acudiría a Madrid con el cometido de ayudar a su madre en sus luchas cortesanas, para ello tenía la bendición de Leopoldo, que consideraba a Cardona: “hombre fiable y de su confianza”¹⁶⁵. Con aquellas palabras, quedaba definida la posición del emperador en la diatriba Eril-Lanzarote.

Antes de que Cardona saliera de Viena, las noticias del contencioso ya habían cruzado fronteras: el día 18, Mariana de Austria comentó a Pötting las diferencias entre camarera y dueña de honor, espetándole que el emperador no cedería a la de Lanzarote la llave de su cámara; daba así a entender que esta no tenía su favor. Castellar se negó a intervenir en la lucha entre las dos mujeres, pues una toma de postura clara podía ponerle en peligro después de haberse congraciado con don Álvaro de Bazán. Las críticas de Eril no fueron óbice para que el 30 de enero de 1670 don Álvaro recibiera el cargo; los compromisos contraídos con Castellar y acaso las simpatías que la marquesa de Lanzarote despertaba en la joven emperatriz, habrían inclinado la balanza –aunque solo por aquella vez– hacia don Álvaro. El hecho no amainó las disputas en los primeros meses de 1670; muy al contrario, el ascenso de Bazán recrudeció el enfrentamiento, jalonado por luctuosos acontecimientos que vapulearon –aún más– la ya deshecha Casa española: Ana María de Toledo, dama que iba a volver a España para contraer matrimonio, falleció el 12 de marzo. En su entierro tañeron las campanas de las iglesias de San Esteban, Santa Cruz, San Francisco y San Agustín. Su cuerpo de novia núbil fue depositado una caja de ataúd cubierta por un capote de plata¹⁶⁶. La condesa de Eril y la marquesa de Lanzarote asistirían al entierro: la primera deseando que la segunda saliera de Viena y ambas llorando a la

¹⁶⁵ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, op. cit., p. 95: “Weilen er nun ein gueter Cavaglier ist, mir auch gar wohl gedient und seine Muetter, der Condesa de Eryl, merita ihm auch helfen...” (Leopoldo a Pötting, carta 238, Viena, 17 de diciembre de 1669).

¹⁶⁶ HHStA, Ält Zerem., A, Kt 8. Muerte de Ana María de Toledo, dama de la emperatriz Margarita: *Forma en que se ha dispuesto el cuerpo de la señora doña Ana María de Toledo y la orden que se ha dado para su entierro*.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

desgraciada Ana María, a la que la muerte había sorprendido poco antes de iniciar su viaje hacia el altar, aunque, en parte, lo había iniciado... pero no hacia el nupcial, sino hacia otro bien distinto: la mesa de gradas dispuesta para recibir a Dios y no al hijo del conde de Cedillo. Aquel conde, destinado a ser el futuro suegro de Ana María, recibió la noticia el 11 de abril de boca de Pötting; el embajador imperial se confesaría más tarde asombrado por el estoicismo del noble señor al conocer el destino de la prometida nuera ¹⁶⁷.

La emperatriz quiso buscar pronto sustituta a la dama fallecida: su ánimo se inclinó hacia doña Estefanía de Velasco, mujer cercana al círculo de poder imperial, amiga de la marquesa de Villanueva de la Valdueza y la condesa de Eril. Era Estefanía de edad avanzada, dama madura y diestra en las guerras cortesanas, y cumplía todas las demandas de la emperatriz: “*ein ander dama no niña, ma de juycio*” ¹⁶⁸, porque la emperatriz ya tenía en su haber demasiadas damasniñas que a buen seguro entorpecían el orden de la Casa. El emperador asintió ante la decisión de su esposa, posiblemente influenciado por la condesa de Eril que –respaldada por las etiquetas– se sentiría con derecho a elegir: Estefanía de Velasco sería un gran apoyo para ella en la vorágine de los ataques sufridos; además su currículum satisfacía al emperador: “*Man beschreibt sie von gueten Qualitäten, und wär ein solches Alter, so sowohl por señora als dama taugen thuet*” ¹⁶⁹. Las pretensiones de camarera y emperatriz de recibir a Estefanía chocaron sin embargo con las esperanzas de la vieja dama de contraer matrimonio a pesar de su avanzada edad. Estefanía de Velasco se haría de rogar porque la esperanza de toda dama no era envejecer en palacio, sino hacer un buen casamiento que compensara todos los afanes de la “fineça” gastada en pasillos y piezas. Al tiempo que Leopoldo brindaba alabanzas a Estefanía, esta soñaba con un ficticio pretendiente. En la misma misiva en la que el emperador manifestó su deseo de recibir a la vieja dama, pidió a Pötting la resolución del licenciamiento de la marquesa de Lanzarote porque ya estaba claro que si la de Eril se quedaba en Viena era a condición de que la de Lanzarote volviera a España y había que buscar la mejor

¹⁶⁷ “Confesso que me edificó sumamente la christiana tolerancia de este caballero en un golpe tan sensible” (E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, p. 107).

¹⁶⁸ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, p. 71. Leopoldo a Pötting, carta 244, Viena, 12 de marzo de 1670: “*spanische damas lauter Kinder sein, die teutsche sein halt auch nit gar spirituos*”.

¹⁶⁹ *Ibidem*.

manera de compensar a ésta última, ya que era muy querida de la emperatriz (“*die Kaiserin sie ziemlich lieb...*”¹⁷⁰); el embajador imperial tendría que hablar al respecto con la regente.

Los condes de Castellar no permanecieron callados ante las exigencias de Eril. El embajador de España en Viena rompió su silencio al agudizarse el viejo conflicto de precedencias entre su mujer y la camarera. La cuestión siempre había sido motivo de disputa, de hecho, las instrucciones que Eril había recibido de la reina doña Mariana al jurar su cargo habían estipulado que la camarera debería ceder siempre la precedencia a la embajadora de España, fuera la que fuera la normativa impuesta por el emperador. Las promesas efectuadas por una condesa ansiosa de recibir el jugoso puesto de camarera de la emperatriz se borraron con los plumazos del contexto vienés: la revalorización de Eril en detrimento de Lanzarote y del resto de las damas tuvo como consecuencia el choque de privilegios entre embajadora y camarera; esta vez, el conde de Castellar, que a esas alturas ya se había ganado el odio en la corte de Viena, no permaneció neutral: se dedicó a enviar desfavorables informes de la camarera a la corte de Madrid; notificaciones que el emperador se apresuró a rebatir: según Leopoldo, la condesa tenía razón en todo, las relaciones de ella eran correctas y no las relatadas por Castellar. El prestigio del embajador español fue decreciendo. En vano intentó restaurar la precedencia de su mujer, tan respaldada en otros tiempos. En la partida de ajedrez por el prestigio ceremonial, la relación con la fuente de poder era determinante; Castellar y su mujer la perdieron y con ella su posición en el tablero vienés. Los ministros españoles solicitaron la vuelta del embajador en vista a las enemistades entre las mujeres y el indignante comportamiento de la embajadora. Leopoldo no cedió en su determinación de defender a Eril ante Castellar: el 22 de mayo de 1670 explicaba a Pötting que el embajador español se había enfadado con la camarera porque esta no le había invitado a una mojiganga; aquella acusación carecía de sentido —a ojos del emperador— porque aquello no era sino un corto divertimento “*ein kurzes divertimiento gwest, so kein Einladung meritirt und mir nie eingefallen*” y no merecía ninguna invitación, por lo que sentenciaba: “*Consequentia in forma ist ergo: est Eril innocens et Castellar mendax*”¹⁷¹.

¹⁷⁰ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, op. cit., p. 70.

¹⁷¹ *Ibidem*, carta 249, p. 84. El emperador a Pötting. Heiligenkreuz, 22 de mayo de 1670.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

Al margen del contencioso Eril-Castelar, las disputas de la primera con la marquesa de Lanzarote fueron “de mal en peor”¹⁷². Y la única solución que se perfilaba era la posibilidad de que Lanzarote volviera a casa: “*Ich siehe kein Mittel, als dass Lancerote, doch bono modo et salva reputatione, heimmarschire*”, asumiendo el riesgo de que su salida podía provocar dimisiones en el seno de la Casa; algunos miembros de la misma ya habían amenazado con volver a Madrid si doña Baltasara abandonaba su puesto: solicitarían irse el Médico, el confesor, el secretario y el sangrador como suscribía Leopoldo: “...*weg di Lanzerote, medicus confessarius et secretarius y tambien el Sangrador piden lo mismo hi sunt principaliores de los criados españoles de la emperatriz*”¹⁷³. Eran los principales servidores de la emperatriz, por lo que no convenía que salieran de la corte.

El dinero que debía aliviar a la casa española y aún calmar las tormentas desatadas llegó a Viena a través del virrey de Nápoles, pero no acabó en las manos de los criados, sino en las de Castelar, decidido a solventar sus deudas antes que otorgar las remesas a la camarera mayor. Quizás, en parte por sus problemas económicos y en parte por venganza a los desacatos que —juzgaba— había cometido la condesa de Eril. La actitud del embajador terminó por agilizar el relevo del mismo, ya previsto por la regente a principios de diciembre de 1669¹⁷⁴. El conde se despidió de la corte de Viena el 5 de noviembre de 1670 haciendo gala de una fina ironía delante de la condesa de Eril, a la que prometió un buen servicio en la corte de Madrid. Le dijo: “Que me manda V. E. por España, yo alla la serviré como acá”; la condesa devolvió el ofrecimiento con no menor ingenio: “Beso las manos a V. E. así lo creo y dios día¹⁷⁵ a V. E. la dicha que merece”. El emperador dio así por terminada la “comedia”, digna de los más ofuscados poetas barrocos, que había tenido en vilo a toda la corte vienesa: “*Da hat die Comedi ein Ende*”¹⁷⁶,

¹⁷² “*Unsre Weiberhandel gehen de mal in peggio*”. *Ibidem*, carta 252, p. 91. Viena, 26 de junio de 1670.

¹⁷³ *Ibidem*, carta 252, pp. 91-92. Leopoldo a Pötting. Viena, 26 de junio de 1670.

¹⁷⁴ A principios de diciembre de 1669, Mariana de Austria decidió licenciarlo y sustituirlo por el marqués de los Balbases, Pablo Spinola Doria, nieto del afamado Ambrosio de Spinola.

¹⁷⁵ Quizás “dará”.

¹⁷⁶ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, carta 263, p. 123, Leopoldo a Pötting, 5 de noviembre de 1670 y 19 de noviembre de 1670, pp. 123-124.

sentenció. Fue sustituido Castellar por el marqués de los Balbases, circunstancia de la que con seguridad se alegraría la emperatriz, probablemente por la mejor relación que este prometería. La salida de Castellar y la seguida muerte de don Álvaro de Bazán en Milán, que provocó una gran pena en su hermana la marquesa de Lanzarote¹⁷⁷, dieron una ligera tregua a la guerra de la Casa.

La camarera mayor, a pesar de haber tomado las riendas del poder, no consiguió que la marquesa de Lanzarote volviera a Madrid; sí favoreció en cambio la salida del confesor y del médico, los cuales solicitaron su vuelta a España por su propia voluntad y cansados de la camarera. La condesa de Eril “triunfó” en la corte de Viena en la década de los setenta. En el año 1671, su correspondencia con Pötting revela a una mujer sumamente interesada en los asuntos políticos y de la Casa: el 21 de febrero de 1671 escribía al conde comunicándole la falta de la emperatriz¹⁷⁸, manifestado a su vez su rendimiento al príncipe de Dietrichstein, el mayordomo mayor, con el que había renovado fidelidades. Meses después, comentaba la candidatura de la presidencia del consejo de Aragón, expresando su contento por la elección del duque de Alburquerque, y, con melancolía, se quejaba de los “muchos desengaños” que el tiempo ofrecía, de los que le aseguraba sería testigo cuando él, el conde de Pötting, volviera a la corte de Viena para ocupar “los descansos” que merecía¹⁷⁹. Opinaba la condesa de

¹⁷⁷ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, op. cit., carta 264, p. 125. Leopoldo a Pötting. Muere don Álvaro de Bazán en Milán, “*der Lanzarote ein gar grosses Leid...*”. Don José Cardona había cambiado de cifra.

¹⁷⁸ HHStA, Spanien Varia, Kt. 26. 21 de febrero de 1671. La condesa de Eril al conde de Pötting:

“que es la noticia que puedo dar a ve remitome a las del señor príncipe de Dietristain que como tan propio favorecedor mío dirá a ve cuan servidora suya me profeso deseando los empleos que he merced de su servicio: a mi señora la condesa beso las manos y de ve en cuya compañía guarde Dios muchos años... (de mano propia): señor, su magestad se alla con 7 días de falta... guárdeme ve secreto que se la dilato esta noticia por que no se queje con razón de mi omisión”.

¹⁷⁹ *Ibidem*. 8 de abril de 1671; La condesa de Eril al conde de Pötting:

“que a sacado a ve bien de este susto, muchas novedades refieren las gacetas entre otras los pretendientes de la presidencia del consejo de Aragon, estarale muy bien al señor duque de Alburquerque. El empeño de ve como embajador de nuestro amo para conseguirlo es dicha, que esta no se oponga al servicio de su magestad, muchos

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

las desavenencias ceremoniales provocadas por los franceses en la corte de Madrid ¹⁸⁰ y reiteraba en todas las ocasiones que podía el pago de los retrasos, siempre parejos de la risa-lástima ¹⁸¹ que despertaba la Casa española en la corte de Viena:

si por alla atendieran a la satisfacción de los consuelos de esta familia tan desnuda que es conveniencia salir a la campaña por no parecer bergonçosamente en la corte a la vista de los que la censura tan justamente... ¹⁸²,

se lamentaba; aunque no dejaba de alegrarse de los progresos del rey-niño Carlos II, que en el mes de agosto de 1671 ya montaba a caballo ¹⁸³. Balbases volvió a repetir la jugada de Castelar: las remesas llegadas desde Nápoles fueron utilizadas por el marqués para cubrir gastos de embajada, por lo que las criadas de la emperatriz siguieron en estado de penuria. “No es facil que nos toque nada” ¹⁸⁴, se lamentaba la condesa a Pötting.

Los enemigos de la camarera fueron saliendo poco a poco de Viena: el 8 de agosto de 1671 lo hizo el médico que, según el emperador, le había servido con diligencia ¹⁸⁵. El padre Molino solicitó la vuelta a Madrid, pero no le fue concedida. En abril de 1671 agradecía con amargura la concesión de un obispado en Sicilia esperando que pronto quedara vacante alguna plaza en Castilla, porque necesitaba los “aires de España” ¹⁸⁶ para superar las inclemencias vienesas (desconocemos si se refería al frío invernal o a los diluvios cortesanos para los que los muros de palacio eran mal refugio). El confesor aguantó un tiempo más los rigores de tiempo y *fneças* hasta que fue requerido en Castilla con el puesto

desengaños ofrece el tiempo yo pudiera dar a ve algunos como testigo de vista, de dejolo para quando ve ocupe en esta corte los descansos que se merece”.

¹⁸⁰ HHStA, Spanien Varia, Kt. 26. 3 de junio de 1671.

¹⁸¹ *Ibidem*. Eril a Pötting, 26 de agosto de 1671.

¹⁸² *Ibidem*.

¹⁸³ *Ibidem*. 17 de junio de 1671.

¹⁸⁴ *Ibidem*. 16 de septiembre de 1671.

¹⁸⁵ “*fleissig bedient hat*”. A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, carta 283, p. 179. Leopoldo a Pötting, Viena, 8 de agosto de 1671.

¹⁸⁶ HHStA, Spanien Varia, Kt. 26. Viena, 9 de abril de 1671.

que anhelaba; desde allí seguiría dedicándose criticar a la camarera mayor de la emperatriz. La actitud del antiguo confesor molestaría sobremanera al emperador, el cual afirmaría que si bien la de Eril tenía sus defectos, el “padre” y Castellar los tenían aún más grandes ¹⁸⁷.

A pesar de los problemas ocasionados, Leopoldo nunca tomó la decisión de expulsar a la Casa española —como ocurrió en otras cortes de dinastía distinta ¹⁸⁸— por varias razones: Eran las servidoras de su hermana y nunca las consideró espías, además algunas de ellas fueron fieles servidoras de la causa imperial, como la condesa de Eril que, tras la muerte de la emperatriz consorte, besaría la mano de la viuda y manifestaría su deseo de quedarse en Viena con su hijo, al que le esperaba el nombramiento de mayordomo mayor de doña Leonor. No podría cumplir la camarera su sueño de descansar en tierras vienesas... tendría que emprender el regreso a Madrid con el resto de las damas españolas, muy “regaladas” y dispuestas a servir en su tierra natal, al emperador su señor, que no las había abandonado como sí lo había hecho su “ama” doña Mariana.

“PARVU FRUCTU” ¹⁸⁹ *MÁS MUCHO TEATRO:*

INFLUENCIA POLÍTICA Y CULTURAL DE LA EMPERATRIZ EN VIENA

“*Parvu fructu*”, con estas palabras expresó el emperador el escaso éxito que tuvo la pretensión de la emperatriz de lograr dineros para sus criados. Leopoldo observaba con no poca pena la débil influencia que su esposa tenía incluso en los asuntos más cotidianos de su Casa. La imagen de una emperatriz suplicante, llorosa y perecedera, abocada a mendigar unos míseros sueldos que se eternizaban, poco ayudaba a presentar una estampa de fortaleza de la Monarquía hispánica. Margarita tampoco pudo solucionar personalmente los problemas

¹⁸⁷ “*Dass der P. Molino so übel von der Eril rede [...] Castellar als ihm patre allzeit portirt worden, haben wohl noch grössere*” (A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, carta 307, p. 226. Leopoldo I a Pötting. Viena, 20 de abril de 1672).

¹⁸⁸ L. OLIVÁN: “*Retour souhaite ou expulsion réfléchie?*...”, *op. cit.* La Casa española de Ana de Austria fue expulsada de la corte de París en los años 1616-1618.

¹⁸⁹ A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, carta 244, p. 72. Leopoldo a Pötting. Viena, 12 de marzo de 1670.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

generados en el seno de su cámara: la fuerte personalidad de la condesa de Eril bastaba al emperador para comunicarse con Madrid, donde el conde de Pötting trató, muchas veces en vano, de gestionar las esforzadas peticiones de la joven emperatriz.

Las cartas de Margarita escasean en los archivos y en la correspondencia de los embajadores. Pocas veces la emperatriz es citada al margen de “sus faltas” que gozosamente anunciaban los embarazos, la mayor de las veces malogrados. Probablemente, su fracaso en el terreno de la maternidad, “el cetro de las consortes”, le restaría poder en una corte donde el idioma le resultaba complejo y las compañías demasiado beligerantes para su espíritu sosegado. No tardó Margarita en comprender que su poder residía en su cuerpo inmortal y jurídico, en sus capacidades sucesorias transmitidas ora vía testamento, ora vía capitulaciones; por ello no fue ajena a los rumores que afirmaban las intenciones matrimoniales del emperador de casarse con la archiduquesa Claudia Felicitas si ella moría, y las ambiciones de este de conservar a su hija María Antonia como pieza de cambio en la lucha sucesoria. Los temores de Margarita se acrecentaban cuando se encontraba en estado de buena esperanza, por lo que, tras el licenciamiento de la última comadre, Ana de Ávalos, acusada de conspirar con el embajador francés Gremonville¹⁹⁰, solicitó encarecidamente que su sustituta fuera española y no alemana, pues temía que una partera de esta última nación la dejara morir en aquel riguroso trance que suponía dar a luz. Los terrores de una emperatriz que podría haber llegado a pensar que valía más muerta que viva, inclinaban a pensar en su fragilidad política, corroborada por las fuentes, muy discretas en cuanto al poder de la joven emperatriz. Aunque, bien hay que reseñar, la tónica general de la taimada influencia se rompe, en ocasiones, dando paso a la ambigüedad y sospecha de un mayor interés en los asuntos de Estado por parte de doña Margarita, del que hasta ahora se ha considerado. En tal sentido, no puede despreciarse el discurso que la emperatriz brindó a Lobkowitz en el lecho de muerte, como más adelante se verá. Pero vayamos por partes.

La coyuntura reinante en la corte de Viena en tiempos del matrimonio de Margarita no auguraba un buen margen de acción a la infanta que, muchos juzgaron, estaría condicionado por la emperatriz viuda de Fernando III. Recomendaron los ministros españoles rodear a la frágil emperatriz de un séquito fuerte: Margarita debería presentarse en la corte de Viena escoltada por un escudo

¹⁹⁰ *“dass sie mit Gremonville correspondiere und von Ihm Geld empfangen habe [...] si auch in publico adulterio lebe”* (*Ibidem*, carta 307, p. 227. Leopoldo a Pötting. Viena, 20 de abril de 1672).

protector compuesto por una camarera y un embajador con capacidad para preservar el ceremonial y el potencial político de Margarita frente a la emperatriz viuda ¹⁹¹. Las suspicacias que Leonor suscitaba en los españoles se manifestaron abiertamente en el ceremonial, despertando las iras de un emperador que sintió como propios los desprecios brindados a la esposa de su padre. El embajador español en Viena, en los meses previos a la llegada de Margarita, fue despedido de la corte tras negarse a besar la mano de la viuda de Fernando III, una falta de deferencia que continuaron sus sucesores y aún todo el séquito de la consorte. Leonor de Mantua tuvo que conformarse con aquella actitud. A pesar de todo, la condescendencia con que Leopoldo aceptó las costumbres españolas, considerándolas provechosas para sus propios intereses, no impidió a su madrastra ejercer cierto influjo sobre Margarita y así, aunque tuvo que someterse a un calculado ceremonial en presencia de la consorte tras la celebración de las bodas ¹⁹², no renunció ni a sus labores políticas ni a las religiosas de comisionado y patrocinio de la *Pietas* austriaca. No sin interés, había favorecido el matrimonio ¹⁹³ de la infanta; recordemos que Aníbal Gonzaga, su mayordomo mayor, se había encargado personalmente del asunto. Margarita era la joya clave que faltaba en su joyel cortesano: joven, inexperta, imbuida de una piedad habsbúrgica provechosa y poseedora de derechos sucesorios, podía serle muy útil en todos sus cometidos. Leonor la utilizó para el comisionado religioso en España: iniciativa de la viuda fue favorecer a las madres ursulinas ¹⁹⁴ mediante una carta de recomendaciones con oficios de la emperatriz Margarita; estas misivas,

¹⁹¹ F. LABRADOR: “La organización de la Casa de Margarita Teresa de Austria...”, *op. cit.*, p. 1233. AGS, Estado, leg. 2378: Parecer del consejo de Estado en sesión de 21 de junio de 1665.

¹⁹² Antes y durante la boda, la emperatriz viuda tuvo un importante protagonismo en el ceremonial:

“cuando la viuda visite a la esposa en su cuarto se dará la mano a la viuda y de la misma manera la camarera maior, señoras de honor de damas de la novia en el cuarto de su señora, cederán a la camarera maior, señoras y de honor y damas de la viuda llevandolas a su lado...” (HHStA, Ält Zerem., Kt. 7, *Akten über den Einzug Margareta der Braut Leopold I und über der Hochzeit*, pp. 509 y ss.).

¹⁹³ HHStA, Spanien Hofkorrespondenz, Kt. 6, 3/38. Leonor a Pötting, 30 de mayo de 1664; 4/110, 17 de marzo de 1665 y 3/69, 3 de febrero de 1664.

¹⁹⁴ *Ibidem*. Parece que querían favorecer a las madres ursulinas y para ello añade una carta de recomendaciones con oficios de la emperatriz Margarita para el conde de Pötting. Leonor a Pötting, 28 de marzo de 1669.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

presentadas por la emperatriz viuda de la mano de la consorte, llegaban a manos del conde de Pötting en Madrid.

La emperatriz tuvo presente a su “hija” en su intensa correspondencia en italiano con el conde de Pötting: Notificaba los embarazos y partos, las visitas y divertimentos de las Majestades Católicas en Laxemburg o María Zel, a su vez pedía informaciones sobre la salud de Carlos II y Mariana de Austria¹⁹⁵ o lamentaba las muertes en Madrid de los fieles del Imperio, como la del duque de Medina de las Torres¹⁹⁶. En los intrincados cortesanos, la emperatriz Leonor mostraba una *fineza* digna de su madurez política: su mediación en el puntual altercado que enfrentó a Gremonville y Lobkowitz en junio de 1671, alabada por los ministros del Imperio¹⁹⁷, justifica la fama de su poder: Leonor, con su discreta intervención, habría prevenido el “incendio” que incluso un “relámpago tan leve”¹⁹⁸, como aquel nefasto encuentro, podría haber provocado.

Los contactos de Margarita en Madrid se fueron reduciendo a su madre, Mariana de Austria, a la que de tanto en tanto pedía favoreciera a alguno de sus criados¹⁹⁹, y al conde de Pötting, al que recurría en casos de extrema necesidad como el retraso de los pagos de la Casa. Los esfuerzos de mujeres de gran poder diplomático a la vez que religioso –como la priora de la Encarnación²⁰⁰–

¹⁹⁵ HHStA, Spanien Hofkorrespondenz, Kt. 6, 3/38. Leonor a Pötting, 5/186, 1 de abril de 1669 y 4/182, Leonor a Pötting, Viena, 23 de mayo de 1668.

¹⁹⁶ *Ibidem*. Leonor a Pötting, 4/144, 16 de enero de 1669.

¹⁹⁷ “con el decoro que ha dispuesto la soberana intervención de la señora emperatriz Leonor” (HHStA, Spanien Varia, Kt 26. Lisola a Balbases. 16 de septiembre de 1671, p. 103v).

¹⁹⁸ *Ibidem*.

¹⁹⁹ *Ibidem*. Copia de carta de Margarita a Mariana. Viena, 2 de septiembre de 1671. Margarita recomendó ante su madre Mariana de Austria al barón don Abundio Irzagui, natural de Milan y consejero del emperador, para que se nombrase a su hijo cuestor en Milán. No obtuvo el resultado esperado y volvió a insistir en el mes de septiembre pues “no se ha tomado mi meditation” y en el mismo pliego incluyó una carta con la misma petición dirigida al conde de Peñaranda: Margarita a Mariana de Austria, Laxemburg, 29 de mayo de 1671. Además estuvo la mediación por don Juan Baltasar Marcha caballero del principado de Cataluña para que ganase la merced del oficio del gobierno político del vizcondado de Castelbó de dicho principado, en Margarita a su madre. Viena, 25 de agosto de 1671 (*Ibidem*, p. 15).

²⁰⁰ La priora de la Encarnación, la condesa de Aranda, era gran confidente del embajador imperial. Un ejemplo de la confianza mantenida en E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, I, p. 173. Otros ejemplos de 18 de junio de 1666, p. 195.

por mantener vivos los lazos con la emperatriz Margarita, resultaron casi nulos: en enero de 1670, el diplomático austriaco confesaba a Leopoldo que la priora se sentía muy dolida porque no había recibido respuesta de la emperatriz a sus cartas ²⁰¹, a lo que Leopoldo prometió poner remedio, porque aquella señora era una conexión clave en la red de poder de su embajador. Otras religiosas, esta vez más cercanas a Viena, reclamaron la atención de la emperatriz: la monja Eufrasia, desde Praga, reclamó a Margarita apoyo para la celebración de una novena. Curiosamente, la religiosa esgrimió como principal causa de su atención, el hecho de que la emperatriz fuese “española” como su madre Mariana de Austria ²⁰². No resultaron vanos todos los esfuerzos de los eclesiásticos para “tocar” su *Pietas*: Margarita conseguiría que su esposo expulsara a los judíos de Viena y construyera, en los lugares que albergaban las sinagogas, dos iglesias dedicadas a San Leopoldo y Santa Margarita ²⁰³.

En contadas ocasiones manifestó la emperatriz su contento o disgusto por la actuación de sus servidores: la condesa de Eril, aunque rígida y austera, le servía con el decoro exigido; la marquesa de Lanzarote le despertaba simpatías pero no supo, o no deseó, tomar partido por ella, probablemente al comprender las razones que la de Eril presentó ante un emperador muy solícito hacia esta. Quizás apreciaría la labor diplomática del marqués de los Balbases por el sólo hecho de hacer olvidar al emperador los descabros pasados con el conde de Castelar. Pötting mostraba a menudo su contento por la actuación del marques de los Balbases: “la dignidad en que está constituido y del alborozo que muestra el emperador mi señor por la acertada dirección de las acciones se ve” ²⁰⁴. Y parece que la emperatriz estaba satisfecha con su familia española, a la que siempre trató de proteger, al menos en 1671, cuando volvió a pedir que se solventaran las deudas con ella contraídas.

²⁰¹ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, I, p. 76, nota 94, y A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, *op. cit.*, carta 240, p. 62. Leopoldo a Pötting. Viena, 30 de enero de 1670: “*A la madre priora de la encarnación könnt Ihr sagen, die Kaiserin werde schon antworten, wann sie ihr schreiben werde*” (A la madre priora de la Encarnación le dirá que la emperatriz responderá a sus cartas).

²⁰² HHStA, Spanien Varia, Kt. 22. Isidro de Angulo y Velasco al conde Martiniz. 29 de diciembre de 1667, pp. 242-243.

²⁰³ F. POLLEROS: “Tra maestà e modestia...”, *op. cit.*, p. 202.

²⁰⁴ HHStA, Spanien Varia, Kt 26. 4 de marzo de 1671.

Los fútiles intentos de la emperatriz por gestionar los atrasados pagos de su disgregada servidumbre se sumaron a su generalizada indolencia, promocionada por la influyente sombra de la emperatriz viuda y las desatenciones de un emperador poco interesado en instruir a su esposa en el juego de poderes de la Viena imperial, un aleccionamiento que podría haber comenzado por el aprendizaje de la lengua alemana que, como muchas fuentes aseguran, no consiguió aprender. Rodeada de servidumbre española, es posible que no necesitara comprender los diálogos en alemán. Que la emperatriz desconociera aquella lengua tampoco implica su total desconexión de los organismos de poder porque no era el único idioma hablado en la corte, ni el que predominaba en la correspondencia política de Leopoldo: el latín y el italiano impregnaban las misivas diplomáticas y este último idioma era el utilizado por la emperatriz Leonor para dar salida a sus comisionados. Por otro lado, el conde de Pötting se comunicaba con la emperatriz Margarita en castellano. También es posible que sus damas se expresaran en otras lenguas, pues hay constancia de que recibían lecciones de idiomas tal y como indican las instrucciones del año 1669. La emperatriz no habría sido ajena a aquellas sesiones de los “maestros de lenguas”, por lo que presumiblemente habría que matizar la hipótesis de su aislamiento lingüístico en la corte de Viena.

Margarita no consiguió que el emperador se involucrara en los intereses de la regencia de doña Mariana; Leopoldo jugó a la disimulación en todas sus decisiones concernientes a la política exterior: el primer tratado de partición con Francia se mantuvo en secreto y el tratado de neutralidad firmado con la misma potencia en noviembre de 1670 (bajo el beneplácito y complacencia de Lobkowitz) fue igualmente ocultado no sólo a la emperatriz, sino también a la regente, que siempre guardó la esperanza de que su hermano respondiera al clamor de la unión exigida por la misma sangre, a la llamada de la unidad de la Casa de Austria frente al archienemigo francés. La infanta Margarita permanecería al margen de la firma de estos tratados que su esposo le ocultaría intencionadamente; la consorte debía permanecer encerrada en su burbuja de cristal, atendida por unos embajadores españoles tan ajenos como ella a las artimañas imperiales, y no convenía que rompiera aquellos muros para ejercer un puesto de influencia mediante cartas, misivas y avisos varios a su madre. Ciertamente, Margarita no pasaría los días y las noches tejiendo discursos para rellenar cartas comprometedoras, pero sí que tendría otras vías de expresión política que manejaría con singular maestría y considerable majestad bajo las directrices de una cuidada puesta en escena ideada por Leopoldo y su elenco de tramoyistas y “autores” de teatros, fiestas y ceremoniales. Porque el

hecho de que Margarita no empleara su tiempo y deseos en involucrarse en las telarañas del poder que unían y desunían las cortes de Madrid y Viena, tampoco significa que no jugara un impactante rol en la autorepresentación de un Imperio que, como todos los poderes barrocos, utilizaba la imagen como máxima expresión de una cultura política poderosa e influyente. La imagen de la emperatriz se proyectó en fiestas, saraos y ceremonias²⁰⁵, pero brilló con especial trascendencia en la aureolada expresión —constante a la vez que efímera— de los valores cortesanos y monárquicos, en el género dominante y arrebatador por excelencia: hablamos del teatro.

Fue Margarita más que la emperatriz de un Imperio, la emperatriz del teatro. Las obras de Calderón que se caracterizaban por el triunfo del verso sobre la escenografía al desplegar en la escena un surtido de alegorías y mitologías moralizantes²⁰⁶, desembarcaron en Viena para calmar la pasión histriónica de Leopoldo. Amaba el emperador el teatro en español, y “amaba” a su esposa, a la que se debía el envío masivo de aquellas obras calderonianas que, tras su arribo, eran modificadas según las conveniencias, los públicos a los que fueran destinadas o las coyunturas políticas de la corte vienesa, reinantes en el momento de la representación de las mismas²⁰⁷. La transformación era necesaria en tanto en cuanto las tramas teatrales lanzaban alegóricos mensajes políticos —ora modeladores de conciencias, ora expresiones del amor de la majestad a sus súbditos— que los espectadores debían reflexionar. Así obras como *Fieras afemina amor*; *Las Victorias del Amor contra el Desdén, en el más Amado y Aborrecido*; o *Darlo todo y no dar nada*, estudiadas por Andrea Sommer²⁰⁸ y Mercedes de los Reyes Peña²⁰⁹,

²⁰⁵ Daba audiencias. K. KELLER: *Hofdamen...*, *op. cit.*, pp. 140-142.

²⁰⁶ C. SANZ AYÁN: “Representar en Palacio: Teatro y fiesta teatral en la corte de los Austrias”, *Reales Sitios* 153, pp. 28-41.

²⁰⁷ M. DE LOS REYES PEÑA: “Una fiesta teatral española...”, *op. cit.*, p. 195.

²⁰⁸ A. SOMMER: “Feste am Wiener Hof unter der Regierung von Kaiser Leopold I. und seiner ersten Frau Margarita Teresa (1666-1673)”, en F. CHECA CREMADES: *Arte Barroco e ideal clásico. Aspectos del arte cortesano en la segunda mitad del siglo XVII* (Ciclo de conferencias, Roma, mayo-junio de 2003), Madrid 2004, pp. 231-256.

²⁰⁹ M. DE LOS REYES PEÑA: “El Teatro Barroco en las Cortes Europeas: Las Representaciones de Fineza Contra Fineza en Viena (1671) y en Madrid (1717)”, en *Actes du Congrès International Théâtre, Musique et Arts dans les Cours Européennes de la Renaissance et du Baroque*, Varsovia 1997.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

fueron representadas en Viena. Sus crónicas, con todo género de descripciones, eran luego reenviadas a Madrid para testimoniar la apropiación de la obra primitiva, modelada a conveniencia de la gloria austriaca de la que debían impregnarse Mariana de Austria y sus cortesanos. Fue Margarita, en este poderoso intercambio teatral, la principal mediadora, por su origen hispano y por simbolizar la abundancia, fidelidad, fertilidad y amor reinantes entre la Monarquía hispánica y el Imperio que las representaciones trataban de reflejar. La emperatriz se destacó en esta última faceta, pues su imagen proyectó aquellos ideales representativos de unidad política que tanto ayudaban a sustentar la metafórica ilusión de la unión de la Casa de Austria.

Quiso Leopoldo mostrar al mundo la imagen y cuerpo político de su esposa como trasunto de majestad, amor y prosperidad de su Imperio. Margarita se convirtió en actriz, apareciendo en los escenarios teatrales de Viena vestida con trajes de teatro y participando en los bailes carnavalescos disfrazada con los atuendos propios de las mascaradas. Los retratos que le fueron realizados en la corte de Viena la presentan a la moda alemana o con trajes tremendamente simbólicos, alusivos a las ceremonias públicas más significativas de su vida vienesa: su entrada triunfal en la ciudad de Viena o su matrimonio con Leopoldo. Habitualmente fue retratada con sus trajes de ceremonia, lucidos solamente en ocasiones especiales, y no con el habitual guardainfante, portado día tras día y que representaba su vinculación con Madrid, su carácter “extranjero” y sus derechos sucesorios, aspectos que en el ceremonial y la fiesta no eran tan requeridos como los valores de la prosperidad y amor que la majestad imperial debía ofrecer con gesto, compostura y representación. Sólo en uno de sus últimas imágenes, en un prototípico retrato de Estado de 1673, la emperatriz aparece con su guardainfante ²¹⁰. En aquel retrato, sus muñecas y cuello aparecían cubiertos de perlas, su consolidado emblema; apoyaba la mano en la esquina de una mesa tapizada. Sobre la misma, se posicionaba un cetro y una corona imperial con joyas engastadas; y su mano izquierda sostenía con dos dedos la punta de unos guantes de cuero probablemente impregnados de olor, un tipo de objetos de lujo elaborados en Madrid, sólo portados por personalidades del más alto rango ²¹¹.

²¹⁰ Cuadro reproducido en G. TAYLOR: *The Little Infanta*, op. cit., p. 103. Margarita emperatriz, Anónimo, Österreichische Nationalbibliothek, Wien, Albertina Collection.

²¹¹ Entre los objetos de lujo que la infanta se llevó de Madrid figuraban 150 pares de guantes de ámbar y 10 arrobas de pastillas de olor. Véase BNE, Mss. 11028, p. 28. El perfume era símbolo de nobleza y pureza de alma.

Para su entrada en Viena, la emperatriz no vistió el guardainfante, sino un traje cuajado de piedras preciosas cuyo fulgor deslumbró a todos los asistentes; según Gualdo Priorato, la emperatriz llevaba con tal gracia y compostura aquel cegador vestido que:

no podía descifrar la atenta vista los admirables arreos del vestido de la augusta consorte porque lo cubría un dilatado adorno de joyas, de cuyos brillantes reflexos ofuscados los ojos solo vienen un confuso agregado de admiraciones, si confusión cabe en donde brillaba tan precioso cielo y tan lucidos astros, pero mas que atavío era el de su peregrina belleza ²¹².

Los atuendos lucidos por la emperatriz en otras fiestas y saraos emularían aquel traje de bodas cuidadosamente elaborado para expresar la majestad del Imperio. Margarita repitió brillos en el retrato que Jan Thomas le realizó con motivo de los carnavales de 1668. La emperatriz fue retratada con traje de teatro y rodeada de alegorías. En la obra luce un jubón adornado con joyeles y un vestido bordado con hilos de oro y plata, capas de armiño y dibujos florales; cuello y muñecas aparecen sellados con perlas, símbolos de matrimonio y pureza; corona su cabeza un penacho de plumas, joyas y armiños; en un segundo plano, se alza un pedestal con una escultura sedente, acaso una diosa, que señala a la emperatriz con la mano izquierda al tiempo que con la derecha acaricia un perro, símbolo de fidelidad. Flores y frutos descansan a los pies de la emperatriz, vientre fértil del Imperio; al fondo, el paisaje se pierde en tonalidades azules que acompañan el paso calmo de la consorte. Carnaval, teatro y amores imperiales se fundieron en aquel barroco retrato de Thomas.

Margarita fue mejor actriz que emperatriz. Aquel retrato en traje de comedias demuestra su participación en las obras de teatro palaciego. Gualdo Priorato reseñó en más de una ocasión la actuación de los emperadores en los bailes de carnaval, donde sus gestos, imágenes y composturas formaban parte de un juego de representaciones codificadas y creadoras de realidades políticas intencionadas o manifiestas ²¹³. La liberalidad de afectos y amores triunfantes eran los mensajes sublimes a la vez que subliminales de las representaciones teatrales a las que Margarita asistió en su doble rol de comediante y soberana. Sus

²¹² G. GUALDO PRIORATO: *Admirables efectos de la providencia...*, op. cit., I, p. 164.

²¹³ Sobre el rey como actor véase F. BOUZA: "El rey, a escena. Mirada y lectura de la fiesta en la génesis del efímero moderno", *Espacio, tiempo y forma. Serie IV: Historia Moderna* 10 (1997), pp. 33-52.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...



Jan Thomas: *La emperatriz Margarita en traje de teatro*, 1667
(Kunsthistorisches Museum)

imágenes, evocadas por descripciones, vistas en ceremonias o contempladas en retratos estratégicamente situados, sedujeron a los cortesanos de ambas cortes. Y así, la languidez que predomina en la documentación oficial de la emperatriz Margarita, cede paso a la acción al estudiar sus imágenes. En la representación de la ópera *Il Pomo di Oro* ²¹⁴ actuó como actriz, emperatriz y espectadora a un tiempo, porque el espectáculo desarrollado en el tablado trascendió los límites del escenario para implicar a todo el público en la gran fiesta dramática, y porque los cortesanos que contemplaban la escena protagonizaron una comedia paralela a través de múltiples recursos de representación que se encontraban en la esencia del ceremonial cortesano. Las posiciones ocupadas por cada uno de los asistentes en relación con la pareja imperial, fuente indiscutible de poder, eran las pinceladas que componían el orden de rangos, poderes e influencias de aquel magistral cuadro: un público convertido en expresión visual de la jerarquía político-social sustentante del poder monárquico. En la escenificación de *Il Pomo di Oro*, el “privilegio óptico” ²¹⁵ estaba en poder de la emperatriz Margarita. Desde la atalaya de su sitio, dominaba la perspectiva del espectáculo a ella dedicado y por ella representado, porque simultánea a esta acción de “ver” era la de “ser vista” por actores y cortesanos. Su cuerpo focalizó la atención de las miradas barrocas tanto o más que la trama limitada al escenario: Margarita, manteniendo el rictus de los Habsburgo y vestida con el guardainfante propio de la corte española, fascinó, perturbó los sentidos y demostró el poder de su barroca imagen en el mágico, a la vez que complejo, entramado teatral de la corte vienesa del siglo XVII.

²¹⁴ Ejemplar traducido al castellano en BNE, R/19783: F. SBARRA: *La manzana de Oro*. Grabado: Cinco damas con guardainfante más la emperatriz. Situados en el estrado: en el centro Margarita, a su derecha el emperador y a la izquierda la emperatriz Leonor con las dos archiduquesas.

²¹⁵ C. SANZ AYÁN: *Pedagogía de reyes: El teatro palaciego en el reinado de Carlos II*, discurso leído el día 26 de febrero de 2006 en la Real Academia de la Historia, Madrid 2006, p. 99.

“Giovane d’anni ma vecchia di giudizio”...

IN HORA MORTIS: LOBKOWITZ, SUCESIÓN Y VANITAS

La feliz esposa del Imperio, la gran señora de todo el orbe, la emperatriz hecha joya por modas fulgurantes, fue retratada con corona imperial y cetro²¹⁶ los días previos a la aparición de la enfermedad que la consumiría hasta la muerte. Embarazada del que debía ser su último vástago, la malograda Margarita no llegaría a conocer a la comadrona elegida por Leopoldo para atender sus futuros partos. Lucía Panesi, así se llamaba la genovesa de gran fama que había iniciado viaje a Viena para servir a la emperatriz²¹⁷. A esas alturas, cuando la afamada partera sorteaba los peligros de la larga travesía, Margarita había comenzado a jalar sus dolores con moralizantes palabras, dignas de ilustrar una vanitas de un Valdés Leal o un Antonio de Pereda; porque según relata Gualdo Priorato, consciente de su próximo final, la emperatriz protagonizaba soliloquios en los que el desengaño del mundo era el principal argumento. De los poderes y riquezas y de su futilidad y temporalidad se quejaría en los días previos al fatal desenlace:

Ay condesa, [condesa de Eril] le respondió la señora emperatriz: no te admires de la novedad del estilo, que acercandose ya el tiempo en que debe este cuerpo caduco volver al centro de la tierra en que se halla formado, se desengaña el alma de todas las vanidades del mundo y conoce que siendo todos los mortales de la frágil echura de un quebradizo barro, no debe la misma admitir aquellas diferencias que solo ha introducido la vanidad de los hombres: naci hija de uno de los mayores monarcas del mundo y me constituyó la providencia en la elevada esfera del mayor Throno, compañera del mayor señor del orbe cristiano y tantas prerrogativas no me redimen del tributo de humana, quiero decir de criatura, y si repara tu atención, tan igualmente será mi ser pasto mi cadáver de hediondas sabandijas, como el de la mas abatida y humilde mendiga²¹⁸.

A la condesa de Eril, que no se separaba de su lecho, mostró sus escatológicas reflexiones en los cada vez más escasos momentos de lucidez que la enfermedad

²¹⁶ Véase nota 210. La emperatriz con el guardainfante, posa la mano derecha en una mesa donde se posicionan la corona imperial y el cetro, con la mano izquierda sostiene el dedo de un guante perfumado que la asimila con su alta dignidad.

²¹⁷ MARQUÉS DE VILLAURRUTIA: *Relaciones de España y Austria...*, op. cit., p. 92. Se aceptó a Lucía Panesi, genovesa, que había ejercido de comadrona durante 38 años. Pidió buen sueldo. No tuvo oportunidad de ejercer su oficio, pues la emperatriz murió al poco tiempo (A. F. PRIBRAM & M. LANDWEHR VON PRAGENAU: *Fontes Rerum Austriacarum Österreichische Geschichtsquellen...*, op. cit., p. 269).

²¹⁸ G. GUALDO PRIORATO: *Admirables efectos de la providencia...*, op. cit., II, pp. 82-83.

le regalaba. Y curiosamente, la emperatriz que no se había destacado por su influencia política se fue de este mundo emitiendo un curioso discurso “político” dedicado a Lobkowitz, tal vez premonitorio de su inminente caída. Dijo la emperatriz al imperial ministro que contemplara la fugacidad el poder, la temporalidad de la gloria y que, guiado por los dictámenes divinos, siguiera la estela del buen gobierno como el principal ministro del emperador que era:

Mirad, que esa confianza que tiene de vos el cesar mi esposo, debe tener el cimiento solido de la fidelidad y de la justicia. A vos toca el remediar los males, que tiene tan afligida esta monarquía, llevad delante de vuestra dirección, el norte que os debe conducir al acierto, que es el temor de Dios, con este no podeis errar en vuestras resoluciones, no olvideis estos saludables avisos que os da mi desengaño y advertir que son verdades todas, pues las articula, quien no tiene mas interes, que el de vuestro beneficio, y honra. Sed fiel al cesar y considerad que es un decreto que nos enseñó el mismo Iesu Cristo en la tierra: la bondad y clemencia del cesar sea estimulo para obligaros a servirle como buen ministro y no perdais de vista sobre todo la cierta recompensa, que tendreis en el cielo de vuestro buen obrar: sea esta consideración la que sea inseparable de vuestras resoluciones: encomiendooos finalmente la fiel asistencia a mi esposo y en las grandes dificultades, que se ofrecen oy con tan calamitosos tiempos, se si fiel y vigilante y no os olvideis de rogar al todo poderoso me de su gracia, para que pueda son su asistencia salir con victoria del peligroso trance de la muerte ²¹⁹.

Lobkowitz no podría contener las lágrimas al escuchar las palabras de su moribunda ama: ¿Refleja esta anécdota una mayor preocupación de la emperatriz por los asuntos políticos del Imperio? Quizás, aunque es difícil saberlo. La obra de Gualdo Priorato es laudatoria y fue supervisada en todo momento por Leopoldo I, por lo que quizás el autor quisiera otorgar a la emperatriz un verbo político acorde con su proclamada virtud.

Lobkowitz había sido sujeto de fidelidades ambiguas en el Imperio: en 1669 había logrado hacerse con el puesto presidencial del Consejo Áulico. Los insultos que recibió de Gremonville durante el cumpleaños del emperador en julio de 1671 fueron bien recibidos por los ministros españoles, que los juzgaron sintomáticos del apartamiento del ministro imperial de las políticas francesas. El marqués de los Balbases había soñado, en aquel entonces, con un acercamiento al consejero áulico, muy deseado también por Pötting que, en aquel mes de junio de 1671, calificaba a Lobkowitz de ministro de “eficaces influencias, de quien se haze tanto aprecio en esta corte, como lo ha mostrado en el desuelo con

²¹⁹ G. GUALDO PRIORATO: *Admirables efectos de la providencia...*, *op. cit.*, II, pp. 82-84.

“*Giovane d’anni ma vecchia di giudizio*”...

que ha atendido a las urgentes materias de la Ungria...”²²⁰. Erraban los dos embajadores en sus previsiones, porque bajo la influencia de tan alabado plenipotenciario, Leopoldo firmaría el tratado de neutralidad con Francia el 1 de noviembre de ese mismo año; un tratado secreto que permanecería oculto a los Balbases, que Pötting conocería no con poca vergüenza, y Mariana de Austria descubriría precisamente el mismo día que –sin saberlo– su hija redactaba testamento aquejada “del mal de la muerte en [aquel] imperial palacio de Viena”²²¹. Pötting, ese seis de marzo de 1673, se enfrentaría a las iras de la regente, ya conocedora de los tratos de su hermano con el rey de Francia:

Hablé a la Reyna, partiçipandola el tratado secreto que el Emperador mi Señor havia hecho con la França [...] materia harto vidriossa y que me dava harto en que entender; quiera Dios sacarme con bien de este barranco, porque temo ha de levantar mucha polvareda²²².

¿Llegaría a oídos de la agonizante Margarita la noticia del tratado con Luis XIV auspiciado por Lobkowitz? Posiblemente Leopoldo desearía que su esposa siguiera representando, hasta su último instante de vida, su papel de perfecta consorte amantísima del Imperio. Eran acaso las palabras de Margarita lo que todos esperaban escuchar: una lección moral dedicada al “valido” que estaba a punto de caer en desgracia. Se repite nuevo, aunque muy sutilmente, el triángulo de poder rey-reina-valido en el que la esposa imperial compite en afectos con un favorito cuya influencia sólo está garantizada por el “amor y amistad” del emperador. Cesados estos sentimientos, el consejero cae de la cuerda floja y suele ser la consorte –en esta leyenda repetida en todas las monarquías barrocas– la que “sopla” a su frágil figura para que pierda el equilibrio. Las premonitorias palabras de Margarita, anunciantes de la “muerte política” de Lobkowitz, que caería en desgracia ese mismo año con el aplauso de Mariana de Austria, son dignas de una profunda reflexión en torno al esquema político que circunscribía a las –en este caso– emperatrices consortes. Gualdo Priorato convierte a Margarita en el oráculo político y en la sibila propiciatoria del gobierno sin favorito, roles encarnados por muchas otras reinas de la época. No

²²⁰ HHStA, Spanien Varia, Kt 26, p. 66. 24 de junio de 1671.

²²¹ HHStA, Diplomatische Korrespondenz, Spanien, Kt. 53. Testamento de la emperatriz Margarita. Gualdo Priorato afirma que el testamento fue redactado el día 6 (G. GUALDO PRIORATO: *Admirables efectos de la providencia...*, *op. cit.*, II, p. 82).

²²² E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, 6 de marzo de 1673, p. 329.

deja de ser sorprendente esta politizada apoteosis final de una emperatriz cuyo esplendor político se focalizó en la imagen y no en la palabra que, *in hora mortis*, toma un inusitado protagonismo.

Margarita fue enterrada en la cripta de los Capuchinos. Mariana de Austria, al recibir la noticia, desharía “su corazón en lastimosos llantos” que habría de contener en “varoniles actos de perfecta resignación”²²³. Acaso uno de estos actos, que Pötting caracterizó de varoniles, fuera el conservar, colgado de las paredes de palacio, el majestuoso retrato de la infante-emperatriz vestida con los trajes de luto. Negras vestiduras luciría también su madre en 1690, convencida veinte años después de la muerte de su hija, de la necesidad de guardar su memoria y luchar por sus derechos sucesorios, entonces representados por su nieta María Antonia²²⁴. Al contemplar el retrato de la enlutada Margarita, Mariana de Austria recordaría la necesidad de ayudar a aquella archiduquesa nacida en 1669 y que en su lecho de muerte sería forzada por su padre Leopoldo a renunciar a la herencia legada por su imperial madre²²⁵. Mariana de Austria lucharía hasta el final para validar al hijo de María Antonia. Sus últimas y temblorosas líneas estarían dedicadas a él, al nieto de Margarita, al último heredero de aquella niña inmortalizada por los pinceles de Velázquez que un día, cumpliendo con su destino, se convirtió en emperatriz.

²²³ E. PÖTTING: *Diario...*, *op. cit.*, II, pp. 339-340, 5 de abril de 1673. Véase también: “Honras por la emperatriz Margarita en Madrid” (AGP, Reinados, Carlos II, Caja 84, exp. 3). Para oraciones fúnebres: *Aparato y pompa fúnebre a las devidas honras en la muerte de la Cesarea Magestad la Señora Emperatriz Doña Margarita de Austria Infanta de España. Solemnizadas en la sacra y real capilla de la Magestad Católica de Don Carlos segundo que viva y Reyne*. Dedicado al excelentísimo señor don Francisco Eusebio del Sacro Romano Imperio, Conde de Pötting. Escrivialo Francisco Benavides Escudero de los Doze del rey nuestro señor. Impreso en Madrid (BNE, VE, 104-22). También *Siete jeroglíficos que siendo epitafios...* Antonio Luiz Ribero. Y patrocinados por la excelentísima señora doña Mariana Engracia de Toledo y Portugal, Marquesa de los Velez, Aya de la Magestead de Carlos II impreso en Madrid año MDCLXXIII (1673) (BNE, R/20932).

²²⁴ AHN, Estado, leg. 2805.

²²⁵ L. OLIVÁN SANTALIESTRA: *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*, Universidad Complutense, Tesis doctoral inédita, Madrid 2006, pp. 409-410.